

The background of the cover is a dramatic illustration. At the top, a large, dark, winged creature with a bird-like head and sharp beak stands amidst a massive, swirling fire. Below it, a person with long, flowing white hair is seen from behind, wearing a dark, detailed coat with a long, dark cape that billows out. The person is holding a long, thin sword or staff. The scene is set against a backdrop of intense orange and red flames and smoke, with many small, dark, winged creatures flying around. The overall atmosphere is one of epic fantasy and conflict.

CRÓNICAS DE LAS TRECE LUNAS

COMÍ EL HÍGADO
DE DIOS PARA
SALVAR AL MUNDO

J. C. DOMÍNGUEZ

Comí el hígado de Dios para salvar al mundo.
El reino de las migajas.

Por
J. C. Domínguez.

La virtud en la riqueza es honorable;
en la miseria, sólo una opción.

Comí el hígado de Dios para salvar al mundo.
Húrbar Dórcer.

© 2019, J. C. Domínguez. *Todos los derechos reservados.*

Contacto.

jcdombooks@gmail.com

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del autor.

[Comí el hígado de Dios para salvar al mundo.](#)

[El reino de las migajas.](#)

[Capítulo 1. Dioses y lagartijas.](#)

[Capítulo 2. Los tesoros del cielo y la noche.](#)

[Capítulo 3. Como ningún otro jamás.](#)

[Capítulo 4. Colmillos y palos.](#)

[Capítulo 5. Nada debe desperdiciarse.](#)

[Capítulo 6. Piedras y trampas.](#)

[Capítulo 7. Un rostro muy cercano.](#)

[Capítulo 8. Domadores de salvajes.](#)

[Capítulo 9. Siempre hay un cazador al acecho.](#)

[Capítulo 10. Lo que se consume, se eleva.](#)

Capítulo 1. Dioses y lagartijas.

Era la única viva, pero iba a morir pronto. La tierra en la que yacía era una tierra negra y roja, un páramo de fuego, antesala del volcán Erus. Todos los que habían ido con Valyka Siyeira, la Esperanza de Aro, perecieron. Entre ellos estaba su maestro, quien se negó tantas veces a esta guerra y que, ahora, descansaba muerto sobre las rocas. También el hombre al que ella amó fue asesinado, extendiendo su mano hacia ella. Era una legión de los mejores guerreros de la humanidad muertos en esta incursión. Los mejores soldados de una humanidad harta de que la balanza sólo se inclinara a favor de los dioses que aún caminaban entre ellos. Y ahora sólo espadas legendarias y escudos quebrados tapizaban como lápidas el cementerio en el que se había transformado este lugar.

Ella no tenía ya un brazo. El vientre era atravesado por una profunda herida que le drenaba con prisa la sangre. El dios Aranel, señor de la oscuridad y del fuego, se acercó solemne. Arrastraba aquella espada de la que había toda clase de leyendas en cuanto reino existía.

—¿De qué sirvió, Valyka la Santa, esta incursión suicida? ¿De qué sirvió declararme la guerra durante tantos años y mermar mis filas, si acabaste como acaban todos los mortales de esta tierra?

Su voz era clara y tranquila. Luego se agachó para tomar a la mujer de la barbilla y hablarle de cerca.

—Dime, Esperanza de Aro, ¿por qué tu espada se quebró si toda tu vida estuviste del lado de la luz y la justicia?

Valyka apretó la quijada y lo retó con su mirada iracunda. Él sonrió. Era hermoso e imponente, como cualquier otro dios.

—Voy a vengarme —dijo la mujer entre dientes.

—No lo harás.

—En esta vida o en la otra. Se acabará la era de los dioses, Aranel. Lo juro.

El señor de la oscuridad le soltó el rostro y miró a su alrededor. Puso su atención en los cadáveres que lo rodeaban. En la soledad de su reino. En el cielo ennegrecido por el humo del volcán.

—Estoy cansado... cansado de ti y de todos ustedes que son como insectos creyéndose reyes, pequeñas cucarachas con palos y piedras... sigo creyendo que no necesitamos una forma de vida tan despreciable.

Entonces puso su pie descalzo sobre la cabeza de la mujer.

—Voy a matarte, Arael —masticó las palabras Valyka.

Arael dedicó un poco más de tiempo a verla así, debajo de su pie.

—La más amada. La más amada incluso por mí...

Ella gritó y trató de elevar la mirada, pero no pudo.

Y tras un poco de esfuerzo, el pie del dios Aranel llegó hasta la tierra quemada.

Valyka sintió como si se desprendiera, como si estuviera cayendo. Luego se dio cuenta de que estaba flotando en un espacio oscuro donde podían verse todas las estrellas del universo. No

había un arriba ni un abajo. Tampoco tiempo. Supo que ya no estaba en el mundo de los vivos. Entonces vio delante de sí a un niño de ropas gastadas, con el cabello mal cortado y con la cara sucia, y solamente por la mirada tranquila y severa del chico, Valyka supo quién era.

Ella caminó presa de la ira. A pesar de sus intentos no podía reducir la distancia entre ellos. Él la veía tranquilo, sin expresión. Y Valyka desesperada, hasta que entendió que no podía hacer nada más en aquel lugar, nada más que reclamarle.

—¿Por qué no nos ayudaste, gran señor de los dioses? —preguntó resignada a la distancia, hincándose, mordiendo las lágrimas que caían por sus mejillas—. ¿No era tu tarea salvar a los hombres, a los que fuimos creados por una orden tuya?

El niño sonrió con cierta malicia. No abrió la boca, pero ella lo escuchó claramente.

—Yo no domino. Yo creo. Lo demás he decidido que no esté a mi alcance.

—¿Entonces estamos destinados a morir a manos de tus hermanos? ¿No es injusto que ellos sean seres inmortales y nos detesten? ¿No somos entonces huérfanos inútiles en contra del poder devastador de los tuyos? ¿Para qué nos creaste?

El niño dejó de sonreír.

—No quiero decidir tampoco sobre mis hermanos porque yo lo he creado todo, incluso a ellos. Primero a ellos cuando sentí soledad. Luego a ustedes cuando sentí amor.

—¿No sientes dolor al vernos sufrir?

—No puedo sentir dolor. Cuando decidí ser, también decidí que fuera todo poderoso, amo y esclavo sólo mío, por lo tanto, no tengo sentimientos como el dolor.

—¿Y compasión?

—No lo entiendes, Valyka. A ustedes los hice mortales justo por esa razón. No como a mis hermanos, que sufren en su eternidad. Yo puedo sentir compasión porque los amo y porque ustedes son débiles.

—¿Entonces el dolor y la injusticia te son indiferentes?

—Claro que me son indiferentes. Para ti, que no conoces nada, crees que eso lo es todo. Pero cuando te unas a mí, como fue en un principio, sabrás que eso de lo que hablas es insignificante. Conmigo nada falta porque lo hay todo. Aunque recuerdes, nada de lo que has vivido tendrá importancia cuando vuelvas a mí. Ven, Valyka. Aquí yacen todos los que amaste y están en paz.

—No quiero. No quiero volver a ti. Quiero vengarme. Quiero que ellos paguen todo lo que nos han hecho.

—Pensé que entre todos tú me entenderías —dijo el niño—. Pensé que te había dado un regalo. Pero fuiste tú quien decidió ir a pelear contra uno de mis hermanos sabiendo que no podrías ganar. Pudiste quedarte con los tuyos y vivir un amanecer diferente. Te regalé dones y grandes pensamientos. Pudiste haber fundado un reino donde fueras feliz. Pero no lo hiciste.

—No somos libres. No mientras existan los dioses.

—Nosotros existiremos para siempre. ¿Quieres matar a los dioses para ser libre?

—Tus hermanos viven entre nosotros para lastimarnos. Quiero matarlos a todos.

—Eso es una grave falta —dijo el niño y se quedó en silencio, viéndola inmóvil.

—¿Qué harás conmigo? —preguntó Valyka.

El niño bajó la mirada. Pensó en silencio y luego observó hacia un punto lejano. Poco a poco una sonrisa fue abriéndose en su rostro hasta que su expresión fue completamente distinta a la que había mantenido; ahora parecía divertirse de manera siniestra por lo que fuera que estuviera viendo. Algo lo impresionaba cada vez más. Algo lo cautivaba. Abruptamente regresó al momento en que hablaba con Valyka y la observó maravillado.

—No hay manera de que consigas lo que buscas. ¿Aun así quieres intentarlo?

Valyka asintió, convencida.

El niño cerró los ojos y se gobernó. Volvió a tener el rostro inexpresivo.

—No te haré parte de mí ahora, mi querida hija. Cuando naciste puse mis ojos en ti. Todos pusimos nuestros ojos en ti. Y si lo deseas, te regalaré la libertad que anhelas porque quiero que veas lo que yo vi. Pero te advierto que no será lo que esperas. Aun con el poder que puedo darte.

—Quiero que los dioses aprendan a temernos y nos regresen lo que nos robaron.

—¿Todos? —preguntó él mirando con un poder que hacía sentir pequeño todo lo que les rodeaba.

Valyka bajó la mirada.

—Los que nos han hecho daño.

El niño volvió a sonreír.

—Entonces come mi hígado.

La mujer no entendió el significado de aquellas palabras.

—Ven a mí y come mi hígado. Te daré lo que quieres y regresarás al mundo que abandonaste, así que ven y hazlo.

Valyka avanzó con cierta inseguridad sobre el infinito espacio debajo de ella. Esta vez pudo acercarse al niño.

—Pero habrá que equilibrar el deseo con la ofrenda —dijo él cuando ella estuvo cerca.

—¿Qué más quieres de mí?

—¿A qué cuerpo regresarás?

—No lo entiendo —dijo ella.

El niño extendió la mano y hubo una sombra blanca en medio de ellos. La sombra comenzó a moverse desesperada, como si quisiera encontrar la salida.

—Deja de temer —ordenó el niño y, al momento, la sombra se quedó quieta, incluso se hincó ante él.

—He visto a cada uno de los hombres y mujeres de este mundo y nadie pidió verme con más fuerza que tú en este instante. ¿Qué deseas?

El sonido que salió de ella era incomprensible para Valyka.

—¿Qué darás a cambio? —preguntó el niño.

La sombra volvió a hablar.

—Te espera un futuro tranquilo. Algo de dolor alguna vez, pero mejor de lo que vives ahora. ¿Estás segura de que quieres esto?

La sombra, entonces, miró hacia Valyka. Luego se volteó hacia él.

—Bien. Se hará lo que pides, bajo tus condiciones. Ven a mí.

La luz que la componía se deshizo en esferas o burbujas que se acercaron despacio al niño y que se metieron en su pecho mientras él miraba fijamente a Valyka.

—Tendrás que vengarla también.

—¿Quién era?

—Lo sabrás cuando ocupes su cuerpo. Su nombre fue Ellis. Maldijo al mundo y a la vida más fuerte que cualquiera de los que viven en este momento. Por su coraje la recompensé.

—¿Qué le hiciste?

—Volvió a mí.

—¿Murió?

El niño entonces comenzó a reír a carcajadas. Se inclinaba y tomaba aire para seguir, y su risa

fue formando un eco que comenzó a lastimarle a Valyka.

—No sabes nada de eso que llamas “muerte” —contestó limpiándose lágrimas de los ojos—. Querida, Valyka, hija amada, no sabes nada del mundo al que quieres defender ni de la vida que desperdicias.

Ella volvió a encenderse en la ira. Él aceptó su mirada.

—Ven —ordenó.

El niño se levantó la ropa. La piel fina y limpia esperaba. Valyka cerró los ojos mientras acercó su boca.

—¿Qué planeas? —preguntó antes de morder.

—Diferente a lo que ustedes creen yo no planeo nada.

Ella aceptó y mordió. Entonces la sangre escurrió sobre un suelo invisible. El niño sonreía como un padre orgulloso y acariciaba el cabello de Valyka, mientras ella seguía comiendo como una bestia.

Sentía la flácida carne pasar por su garganta, chorrear de su boca. Lentamente su entorno comenzó a desaparecer y aquella carne que masticaba se deshacía en humo. Luego escuchó sonidos de calle, de personas gritando y corriendo; le llegó el olor a tierra seca, sed en la garganta. Y al final un golpe en la cara viniendo de una mano robusta que la hizo despertar de nuevo en el mundo.

Estaba en un callejón donde reinaban la basura y las sombras. No podía mover las manos porque alguien la sujetaba. Frente a ella, un hombre. Uno tan grande como no había visto nunca. Tenía su rostro muy cerca del suyo y bufaba como un animal. Ella no tenía la fuerza para soltarse, y aquella mole de carne le oprimía y le impedía cerrar las piernas. Llevaba un vestido pobre y desgastado. Se giró para no oler la respiración fétida del hombre, y tuvo la intención de gritar y de llorar, pero supo que nada de eso tendría efecto. Pensó en sus opciones, mientras el hombre seguía sobre ella y ahora le lamía el cuello. Por un momento no supo qué hacer, y sintió que sólo le esperaba soportar y llorar en silencio. Sus pensamientos eran confusos. No recordaba mucho y sólo había dolor y miedo. Justo cuando pensaba rendirse ante aquella embestidura, un destello de luz se encendió en su mente y un viento le trajo los recuerdos de su vida anterior, su nombre y su propósito.

Volvió en sí. Trató de guardar la calma y pensar con claridad, pero dolía y todos los sonidos del mundo la aturdieron. Trató de controlarse y con todo su esfuerzo logró susurrar un nombre: “Valiria Alza”.

El chillido de un ave en el cielo fue el consuelo más grande para ella. Con su vuelo en caída, silbando como una flecha, un halcón pasó y arrancó un pedazo del cuello del hombre, y el tajo fue profundo y desgarrador. Él apenas sabía lo que había ocurrido cuando se tapó la herida con las dos manos y su sangre salía a borbotones, ahogándolo. Sus últimos pasos fueron de pánico, con el pantalón en el suelo y los ojos desorbitados. Se recargó en la pared con intenciones de llegar a la calle, a pedir ayuda, pero no pudo. Su mano manchó el muro. Al final, cayó sobre sus rodillas como un gigante herido, y ella se acercó para verlo con rabia mientras éste azotaba sin vida en el suelo.

Mientras Valyka lo observaba derramar en la tierra lo último de sangre que le quedaba, escuchó pasos detrás. Cuando se giró, se encontró con la mirada de desprecio de una mujer con

la cara sucia y el cabello enmarañado, de unos veinte años de edad. Valyka no sintió peligro frente a ella. En cambio, supo por instinto que era su familia. La mujer observó al hombre muerto y abofeteó a Valyka, juzgándola con los ojos enrojecidos por la ira y la frustración. Luego, la jaló hacia afuera del callejón con tanta violencia como pudo.

En su mente, Valyka compartía, sin querer, un sentimiento que sabía era ajeno a ella. Era como si los recuerdos de Ellis estuvieran frescos ahí adentro y se le mezclaran en un remolino que lo entretejía todo. Sabía que Ellis hubiera estado de acuerdo con lo que acababa de hacer. Que no había actuado mal. Pero, también, estaba segura que había decepcionado a la mujer que la llevaba del brazo, y eso, aunque no fuera un pensamiento suyo, le dolió.

Llegaron a una casa pobre, en malas condiciones como todas las de ahí. El techo tenía agujeros por donde entraba la lluvia y el polvo. La mujer fue a sentarse frente a una chimenea y echó un leño para reavivar el fuego. Valyka se quedó parada en medio del comedor, esperando contra toda lógica a que esa mujer, madre de Ellis, le dijera qué hacer.

—Cámbiate la ropa.

Entonces Valyka se dio cuenta que de sus piernas caían finos hilos de sangre; que su vestido estaba salpicado de rojo y que un tirante se había roto. Alzó la mirada buscando la dignidad arrebatada y se quedó viendo la espalda de la mujer.

Entró en una habitación. Había baldes con agua y ropa tirada en un rincón. Se desnudó en la soledad y mojó un trapo para pasarlo sobre su piel. Sus ojos se cristalizaron por las lágrimas. Miró hacia arriba, aguantando el llanto, y llevó su puño a los dientes para morderlo con tanta fuerza que lo hizo sangrar. Se quedó ahí como una hermosa estatua, sangrando, con la piel brillante.

Al paso del tiempo salió de la habitación y la mujer seguía donde mismo, dándole la espalda. Valyka se acercó a la chimenea y lanzó la ropa sucia al fuego.

—¿Qué vamos a hacer ahora que no está tu padre? —preguntó la mujer sin rabia en la voz, sin ningún sentimiento en las palabras.

—Me voy a ir —contestó Valyka.

La mujer por primera vez la miró. Largos segundos le mantuvo la mirada como si estuviera ante un enigma.

—¿Por qué hablas así?

Valyka miró también hacia el fuego de la chimenea.

—No entiendo.

—Tú no hablas así, Ellis... —dijo la mujer y se interrumpió.

Se levantó y tomó de los hombros a la niña. La giró para verla de frente.

—¿Qué has hecho?

Valyka alzó la mirada. No tenía miedo. Poco a poco iba recuperando el orden de sus sentimientos.

—Tú...

—Tengo que irme —dijo la niña.

—Esta no es tu voz.

—Lo siento.

—¿Qué le has hecho a mi hija?

—¿Qué le has hecho tú? —preguntó Valyka con el semblante firme, sin rastro de compasión ni de miedo.

La mujer dio un paso hacia atrás, soltándola.

—Tú no eres ella.

La Santa vio consumirse la tela sucia por el fuego, sin contestarle. Largo tiempo duraron así, con las preguntas naciendo tan rápido como se morían. Después, Valyka le dio la espalda y caminó hacia la puerta.

—Cuídate —dijo antes de salir de la casa, dejando a la madre de Ellis sola con el fuego.

Al salir se encontró con la calle polvorienta. Mendigos sentados en la calle, algunos de ellos mutilados o ciegos, pedían limosna a otros que caminaban. Nadie sonreía. Era como si aquellos hombres y mujeres, incluso los niños, no tuvieran ya emociones: elevaban las manos porque así lo habían hecho ayer; caminaban sin rumbo y jugaban con animales muertos sin sentir ya nada. Sólo cumpliendo con un papel al que la necesidad les había arrastrado. Sin alma. Huecos.

“Esta gente ha muerto ya. Sólo esperan”.

Valyka anduvo horas por las calles tratando de trazar un mapa mental. Por las letras en los tableros de las tiendas supo que estaba en la provincia de Lutero, al sur del reino Novo Alis. El idioma *cartano* era uno de los tantos que dominaba por los viajes de su vida anterior. Con tristeza y nostalgia supo rápido que estaba muy lejos de casa, de la que había sido su casa una vida atrás.

Sitió hambre poco antes del anochecer. Lo primero en su lista era conseguir comida; lo segundo, buscar un sitio donde pasar la noche. Recordó una zona en la que había visto unas tabernas. Era la parte más rescatable de ese barrio, donde ya comenzaban a verse personas con la mirada despierta; hombres y mujeres embriagados por la temprana noche y por la búsqueda del placer. Valyka supo de inmediato que ninguno de estos lugares le reglaría nada, y pensó que quizás detrás de las cocinas podría encontrar sobras que pudiera comer.

Ahí el olor a basura y a podredumbre eran casi insoportables. Y su ingenuidad recibió un golpe cuando vio que atrás de las tabernas había más personas que adentro. La gente se amontonaba y esperaba a que los más fuertes y violentos, los que estaban al frente, terminaran de rebuscar entre los desperdicios. Valyka quiso avanzar y asomarse entre el tumulto, pero una mujer que estaba delante de ella la miró con furia y la aventó. Le enseñó los dientes amarillos y los ojos histéricos. Valyka se golpeó con una tabla en la cabeza, pero no se sobresaltó. Se quedó ahí, viendo detenidamente a la mujer que se alejaba.

Supo que esperar sería en vano. La cantidad de mendigos era infinita. No había niños entre ellos, y Valyka no quiso pensar en por qué. Se levantó del piso y se sacudió. El aire era denso y parecía enfermo. Recordó ahí con vergüenza el gran comedor en el que a ella le servían cada comida en su primera vida. Un comedor donde seguramente cabrían todas estas personas. Recordó también lo que en el reino de Aro le daban de comer. La cantidad. El lujo que se convirtió rápidamente para ella en lo cotidiano. Ella y cada uno de los que amó no tuvo hambre luego de que se convirtiera en la protectora de aquel reino. Pero ahora la realidad la abofeteaba. “Nunca pensé en estas personas”, pensó con dolor. Entonces se dio la vuelta y caminó hacia la oscuridad de los callejones.

Tuvo que pensar en otro plan.

A pesar de sus cortas piernas y brazos, pudo subir con gran agilidad a un árbol, y de ahí a una casa. En el techo sus pasos fueron silenciosos. Fue saltando de techo en techo hasta que se alejó de las zonas más alumbradas y concurridas.

—Félida Cata —dijo entre un salto y cerró los ojos.

Cuando aterrizó y abrió los ojos, estos parecían los de un felino. Sentada, cobijada por la oscuridad, puso atención a cualquier sonido que sobresaliera, cualquier movimiento, cualquier paso. Pero no tuvo éxito y decidió cambiar de lugar. Y no fue hasta la media noche que encontró eso que estaba buscando.

Un niño avanzaba entre los rincones, cuidándose, llevando una bolsa abrazada a su pecho. Valyka lo siguió silenciosamente entre los tejados. El niño rodeó varias veces en lugar de seguir recto, esquivando lugares iluminados o grupos de otras personas.

Al final de su camino llegó a las afueras de la ciudad. El niño echó la última mirada hacia atrás antes de meterse entre unos escombros, y Valyka notó que eran los restos de una capilla. Bajó de un salto y, tras un parpadeo, sus ojos volvieron a la normalidad.

Se agachó para pasar entre las tablas y las rocas, así como lo había hecho el niño. El pasadizo era incómodo y no había señal de que alguien habitara adentro, pero luego de seguir algunos metros más, terminó en una habitación oscura donde bien podría vivir un puñado de personas. El olor le hizo saber que habían apagado las velas un instante antes. El silencio era artificial. Supo que estaba rodeada.

Una tabla cayó del techo hacia ella. La esquivó por un centímetro. Luego vio a un niño que trataba de golpearla aprovechando la distracción, pero Valyka dio un paso hacia atrás y lo empujó, haciéndolo chocar contra unas maderas. Se giró y notó que había otros esperando para atacarla: otros dos varones y dos niñas, asustados todos. El primero que la había atacado se levantó de prisa y volvió a hacerlo; sin embargo, el resultado fue el mismo.

—¿Quién eres? —preguntó una de las niñas, la más alta del grupo.

—No quiero pelear. Sólo tengo hambre.

El primero que peleó contra ella, y quien parecía el líder de la banda, se volvió a levantar y se sacudió la ropa.

—Prende las velas, Beila: si ella quisiera nos quitaría toda la comida. —Luego se dirigió a Valyka—. ¿Dónde aprendiste a pelear?

—Yo no peleé.

—Bueno. Enséñame a hacer eso que hiciste —ordenó él.

Beila encendió las veladoras. Era la niña más alta del grupo. Valyka observó a cada uno. Ninguno pasaba los doce años. El líder no parecía fuerte ni grande, pero tenía aire de arrogancia en la mirada y, al mirarle las manos, Valyka supo que estaba acostumbrado a las peleas.

—Tulio —dijo el líder al niño más pequeño—, haz la cena y pon algo para ella. Y tú —volvió hacia la invitada—, ¿cómo te llamas?

—Valyka.

Todos le pusieron atención.

—Como la Santa...

Antes de contestar, pensó unos segundos. Aunque dijera que era la misma, nadie le creería. Pero no era opción renunciar a su nombre. Miró hacia abajo mientras los demás esperaban.

—Me llamo Valyka Ellis.

—Yo me llamo Rey. Si escuchas que me dicen “Rey de las lagartijas” no les hagas caso. Son estúpidos. Todos son estúpidos allá afuera.

—No debes decir esa palabra —dijo el otro niño, Tulio, cuando recogió la bolsa con la que había llegado Rey.

Los demás se calmaron y cada uno tomó asiento.

—¿Por qué de las lagartijas? —preguntó Valyka.

Rey sonrió. Le dijo que fuera con él y se acercaron a Tulio. En el centro del cuarto había preparado todo para una fogata pequeña. Los demás tomaron unas varitas de madera y esperaron a que Tulio vaciara la bolsa en el suelo. Cuando la abrieron, salió una docena de lagartijas muertas, aplastadas. Rey esperó orgulloso la reacción de Valyka.

Ella vio sorprendida cómo cada quien sabía qué hacer. Tomaban una lagartija y la empalaban para luego ponerla cerca del fuego que inició Rey, mientras ella seguía de pie sin poder decir una palabra sobre el festín que le esperaba.

Capítulo 2. Los tesoros del cielo y de la noche.

Todos comían sin reparo, dejando de lado las pequeñas cabezas de las lagartijas. La niña más pequeña del grupo, aquella que no había hablado y que se ocultó detrás de Beila, también se puso a comer e hizo un espacio a su lado para Valyka. La invitada le agradeció el gesto con una sonrisa y fue a sentarse.

—¿Siempre comen esto? —preguntó Valyka inspeccionando la brocheta que prepararon para ella.

—Siempre comemos —contestó Rey con la boca llena—. Hay veces que consigo pan y vamos a llenar los botes con agua del río.

Valyka tragó saliva antes de dar un pequeño mordisco. La sensación fue crujiente. El sabor fue como a carbón por lo quemado de la delgada carne. Luego vino un sabor amargo, parecido al de la carne de víbora. No le desagradó por completo, y pensó que con algo de sal mejoraría bastante.

—Me llamo Amelia —dijo la pequeña niña a su lado.

—Mucho gusto, Amelia... Sólo faltas tú —dijo Valyka al único que no se había presentado, y que parecía el más tímido.

—Él no habla nunca. No le gusta, pero se llama Isaac —intervino Rey—. Es el único que tiene familia, una hermana, pero es mayor y pertenece a otra banda. Ella lo trajo hace tiempo.

El chico esquivó la mirada cuando habló el líder.

Retomó la palabra Rey al tiempo que se chupaba los dedos.

—¿Quién te enseñó a pelear?

—Siempre he sido buena para eso.

—Entonces enséñame. El jefe siempre debe ser el más fuerte.

—En ese caso, la jefa sería yo.

—No —dijo Rey—. Todavía no te doy permiso de quedarte.

—¿Qué necesito hacer?

—Tienes que traernos un tesoro. Algo que sea muy valioso. Nosotros tenemos una caja en un escondite secreto y ahí tenemos nuestro tesoro. Pero es de todos. Nadie los puede agarrar, pero es de todos. Tienes que traer una cosa y tiene que ser muy buena para que te dé permiso de quedarte.

—¿Podría traerla mañana y quedarme hoy? Ya es muy tarde.

—No. Imposible. Tienes que traer algo para poder quedarte.

Beila se levantó y caminó hacia Rey. Su rostro sereno la hacía parecer la más madura. Llegó hasta él y le pegó en la cabeza con el puño cerrado. El niño no dijo una palabra. Amelia agarró a Valyka de la ropa discretamente como deseando que no se fuera.

Tulio habló mientras recogía los palillos y los restos de las lagartijas.

—Déjala, Rey, todos quieren que se quede.

Rey suspiró.

—Mañana tienes que traer un tesoro sin falta, sino te vas de aquí. ¿Entendiste?

Valyka sonrió y asintió. Tras un silencio preguntó con seriedad.

—¿Saben algo del reino de Aro?

Cada uno la volteó a ver, pero nadie parecía tener idea.

—¿Dónde está eso? —preguntó Rey.

—Al sur. Pasando las montañas Espalda de Dragón y los Campos Eternos.
—Yo sólo sé que de ahí era Valyka, la Santa —contestó Beila.
—¿Por qué, quieres ir? A lo mejor tienes familia ahí si te pusieron ese nombre —dijo Rey.
—No. Me pusieron así por otra razón. No tengo nada ahí, pero me da curiosidad viajar.
—Yo te llevo cuando tenga quince años, si quieres —dijo Rey—. Necesitas un hombre que te cuide en el camino.
—Gracias, Rey —contestó Valyka sin mucho ánimo—. Gracias.

Luego se prepararon para dormir. Amelia le pasó una manta a Valyka para ponerla sobre el suelo. Le pareció demasiado pequeña la manta, pero cuando se acostó, notó que su cuerpo cabía perfectamente y sobraba algo de espacio. Sonrió y Amelia, que la veía, también sonrió sin saber por qué.

“Este cuerpo no me rechaza. Me obedece y parece sano, pero no me acostumbro a ser tan pequeña”.

Cuando avanzó la noche supo que era la única despierta. Amelia se había acercado cada vez más a ella hasta casi rozarla. En la penumbra, Valyka repasó uno por uno los momentos desde que volvió a la vida. Pensó en el halcón que mató al hombre que la violaba.

“Valiria Alza llegó demasiado rápido. Y Félica Cata fue muy fácil de usar. Supongo que fue por haberme comido eso de Él”, pensó y fijó su mirada en el techo hasta quedarse dormida.

Despertó tarde. La luz entraba por muchos huecos en las paredes y el techo. Sólo Amelia seguía a su lado, dormida aún. Beila entró en la habitación en el momento justo en que se levantó Valyka.

—Vas a ir conmigo —le dijo Beila.

Cuando salieron, a Valyka le pareció distinta la luz del día. El cielo despejado le hizo sentir por completo el calor del sol.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Beila.

Valyka no le contestó, pero sonrió más y arqueó los ojos.

—¿A dónde vamos a ir? —preguntó cuando comenzaron a caminar.

—Vas a trabajar conmigo. Vamos a ver si hay trabajo hoy.

Se adentraron en las calles. Se alejaban cada vez más de la zona marginada.

—Pareces la mamá de todos ellos —dijo Valyka conforme avanzaron.

—Soy la mayor. Sangré hace un año. Debo ser la más madura de todos.

—¿Y cuál es tu historia, por qué estás con ellos?

Beila volteó a verla con el rostro serio. Valyka desvió la mirada, sabiendo que no obtendría una respuesta.

—Todos los que estamos ahí no tenemos casa. Y Rey tiene un plan.

—¿Para qué?

—Para que seamos ricos y podamos comprar una casa. Todos menos Amelia salimos a buscar trabajos. Pero él consigue comida. Entonces todo lo que juntamos trabajando lo ahorramos para comprar una casa y poner una taberna. Tulio va a ser el cocinero. Amelia la mesera. Rey el jefe. Isaac guardará el dinero.

—¿Y tú?

—Yo voy a cuidarlos a todos. Soy la mayor.

—Suena bien —dijo Valyka.

—Si quieres pertenecer al plan, puedo decirle a Rey que te deje entrar.

—Me encantaría, Beila.

—Pero tienes que conseguir algo valioso para el tesoro hoy. No voy a ayudarte otra vez.

—Entendido.

Llegaron a una plaza amplia, con tiendas que vendían verduras, carnes y telas finas. Los vendedores frenéticos le hablaban a cualquiera que pasara cerca y les ofrecían los productos de la mejor calidad. Beila y Valyka anduvieron entre el ruido y la gente. Tras dar vuelta en una esquina, un fétido olor hizo que Valyka se tapara la nariz.

—No te la tapes o no te dan el trabajo. Aguanta un poco —dijo Beila.

Se detuvieron delante de un hombre gordo de mucho vello en el rostro y en el pecho.

—Buenos días, señor —saludó Beila y se inclinó. Valyka hizo lo mismo.

Él las ignoró durante unos segundos, hasta que vio que no levantaban la cabeza.

—Anda. Pero sólo una —dijo el hombre.

—Deje que me acompañe para que aprenda. Lo hará sin pago —pidió Beila con la cabeza agachada todavía.

El hombre dijo que sí y las dejó pasar por una puerta. Atravesaron un angosto pasillo hasta que llegaron a un patio de donde nacía el hedor. Era la parte trasera de los baños públicos. Ahí terminaban todos los desechos. Había un surco, una especie de desagüe que debía ser limpiado para que no se tapara por completo. Beila le dio un pañuelo a Valyka y le indicó que se lo pusiera en la nariz. La cara de Valyka no había cambiado desde que llegaron, pero al ver a Beila comenzar su trabajo con una pala, suspiró y se dio la fuerza para hacer lo mismo que ella.

Beila habló cuando había pasado casi una hora.

—Me gusta que te llames Valyka.

—A mí también me gusta mi nombre. Gracias.

—Ojalá yo me llamara así también. Mejor, que me llamara Valyka Siyeira y me dijeran “la Santa”.

Valka siguió removiendo el estiércol con su pala.

—¿Por qué quieres llamarte así?

—Porque quiero ser como ella. Dicen que de niña también nació pobre y sufrió mucho. Pero los dioses la amaban más que a nadie y le dieron muchos poderes. Defendió reinos ella sola y siempre ganó. Luego desapareció. Dicen que se fue a entrenar a otro lado. Muy lejos. Y que un día regresará. Yo sé que regresará. Lo sé.

—¿Hace cuánto tiempo desapareció? —preguntó Valyka.

—Antes de que yo naciera.

Valyka dejó de trabajar y Beila vio cómo se limpiaba unas discretas lágrimas. No quiso preguntar nada y siguió con su tarea.

Cuando el sol se ponía, las dos dejaron de lado las palas y fueron a hablar con el hombre de la pala. Él le dio dos monedas de cobre a Beila. Sin mucho gesto les hizo seña de que se fueran y ambas le agradecieron.

De camino a su guarida alguien las asustó por la espalda. Cuando se giraron, vieron a Rey. Venía alegre, cargando una pequeña bolsa de cartón.

—Hoy vamos a cenar pan —dijo al oído de las dos.

Juntos atravesaron las calles repletas de mendigos y enfermos hasta llegar a las ruinas donde esperaban Amelia e Isaac, jugando con lodo.

—¿Y Tulio? —preguntó Rey.

Amelia levantó los hombros diciéndole que no sabía.

—Bueno. Casi es hora de cenar, pero antes, Valyka, ¿conseguiste algo valioso para el tesoro? Todos pusieron atención en la respuesta.

—Todavía no.

—Entonces no podrás quedarte hoy con nosotros. Los siento —dijo Rey y se agachó para entrar a su guarida.

—Pero puedo conseguirlo ahora si quisiera.

Rey se detuvo. La observó.

—¿Cómo?

—Si me acompañan al bosque les daré el objeto más valioso de todos los tesoros.

—Mientes.

—Yo quiero ir —dijo Amelia y se levantó para ponerse a su lado.

Rey se levantó y la encaró como si tratara de descubrir si decía la verdad o no.

—¿Por qué hay que ir al bosque?

—Porque no quiero que todos vean cómo consigo esas cosas tan valiosas.

—¿Qué tan valioso?

—Muy valioso, pero no lo podemos vender porque los espíritus nos castigarían... Ya no voy a decir más. Si quieres, podemos ir ahora y lo verás.

La acompañaron hasta que los troncos y las ramas los ocultaban. Valyka se puso en medio del grupo. Todos la miraban con atención. Ella cerró los ojos. El ruido del mundo bajó hasta que sólo el viento los envolvió.

—Valiria Alza —dijo Valyka.

Escucharon un llamado en el cielo. Fue un ave que primero chilló lejos, y luego volvió a chillar en las copas de los árboles cercanos. Valyka alzó su antebrazo, aún con los ojos cerrados, y un halcón llegó hasta ella, posándose ahí, mirando inquieto hacia los lados.

Los demás niños veían emocionados al ave. Amelia se acercó con intención de tocarla, pero Beila la detuvo.

—Está bien —dijo Valyka y la puso cerca de Amelia para que pudiera acariciarlo.

El ave respondió con cautela, pero no fue hostil y se dejó acariciar. Cuando ya venían los demás para tocarlo también, Valyka alzó su brazo y el halcón voló, dando vueltas sobre sus cabezas.

Valyka dijo unas palabras que ninguno comprendió y el halcón emprendió su vuelo. Ella se sentó sobre las hojas secas y los demás la imitaron. Nadie habló por un rato, pero cada uno de los niños y niñas pensó que Valyka tenía un aire diferente, que poseía algo que ellos definitivamente no.

—Si consigues algo valioso la podemos hacer parte del plan —comentó Beila a Rey, al paso de un cuarto de hora.

Rey pensó sentado. Llevó sus dedos a la barbilla, meditando. Asintió resuelto.

—Sólo si es muy valioso. Ya te explicaremos el plan si pasas esta prueba.

Valyka le sonrió. Y pasados unos minutos, el llamado del halcón hizo que todos ahí se levantaran emocionados.

En la boca del halcón brillaba una piedra preciosa. Era color azul turquesa y del tamaño de una nuez. Rey abrió tanto los ojos como pudo y se acercó poseído por el encanto de aquella piedra. El animal se hizo hacia atrás, retrocediendo en el antebrazo de Valyka.

—Gracias, Valiria Alza, gran espíritu del cielo, por este regalo. Prometo ante los dioses eternos protegerla y no utilizarla en contra de las virtudes y la verdad —dijo Valyka.

El halcón la vio detenidamente mientras ella hablaba. Incluso después de haber terminado, el ave no le quitaba la vista, como si la juzgara. Luego volvió a su comportamiento natural y soltó la piedra en la mano de su invocadora, para después dar un salto y emprender su vuelo.

Amelia y Rey se acercaron a ver la piedra que Valyka les enseñaba. Beila disimuló su emoción y miró desde un poco más atrás. Isaac no observaba la piedra ni estaba encantado como los otros. Él veía a Valyka. Se fijó en ella sin expresión, sin dejar que su rostro explicara qué pensamientos tenía en ese momento.

Llegaron a su guarida y afuera los esperaba Tulio. Entraron. Entre Beila y Rey levantaron una parte del piso. Un cuadrado que apenas pudieron elevar un poco para luego arrastrarlo. En el hueco había una caja de madera. Rey la sacó y la abrió ante todos. Aunque todos sabían lo que había adentro, cada uno quiso estar cerca para ver. Había una cuchara de plata envuelta en un paño marrón; una daga de hierro vieja con el mango casi desprendido; un libro de hierbas silvestres; una pulsera oxidada con forma de serpiente; y, por último, una piedra con forma de luna menguante.

Rey estiró su mano hacia Valyka y ella entregó la piedra preciosa.

—¿Segura que no la podemos vender? —preguntó Rey antes de ponerla junto a los otros objetos.

—Si lo vendiéramos, a todos nos buscarían los soldados para preguntarnos de dónde lo sacamos. Nos llevarían para golpearnos hasta que les dijéramos. Nos separarían y luego nos venderían a otros reinos como esclavos. ¿Quieres que pase eso, Rey?

—No.

—Entonces no la usaremos. No te preocupes: los espíritus le dan mucho más a los que cumplen sus promesas. ¿Está bien? —preguntó Valyka a todos y cada uno dijo que sí.

Después de regresar el tesoro a su escondite, Rey sacó el pan que había conseguido, tres pedazos duros que partió a la mitad y que repartió a cada uno. No tardaron en cenar, y la noche transcurrió mientras le contaban el plan a Valyka, que era tal y como había dicho Beila esa tarde.

Cuando Isaac supo que los demás estaban dormidos, se levantó sin hacer ruido. Caminó en puntillas y se arrastró entre las sombras para salir de la guarida. Afuera los vio. Tres jóvenes mayores a él. Ellos se acercaron. Lo tomaron bruscamente de los brazos y se lo llevaron a la oscuridad.

Aventaron a Isaac contra una pared. Uno de los tres dio un paso adelante. A pesar de la

situación, Isaac no parecía temer; era más como si hubiera ido por voluntad propia a donde sabía cómo lo iban a tratar.

—¿Cuánto conseguiste? —le preguntó uno de los jóvenes.

Isaac, sin verlo a la cara, buscó entre su ropa. Sacó una moneda pequeña de cobre, de forma irregular.

—Todavía te falta un saco completo de estas. ¿O no quieres pertenecer a nosotros?

Isaac se quedó en silencio. El joven le dio una cachetada y le habló al oído.

—Cuando estés con nosotros vas a poder hacer lo que quieras.

El joven se alejó sonriendo. Luego él y sus compañeros se dieron la vuelta y se fueron. Isaac se quedó ahí y miró la luna.

Cuando regresó a la guarida, los demás parecían dormir profundamente. Se echó sobre el rincón donde estaban las telas y sábanas que usaba como cama y se acomodó. Su mirada quedó en dirección a Valyka. Ella estaba destapada y el vestido se le había subido un poco por la posición. Isaac la miraba detenidamente y un calor en él borró cualquier rastro de sueño.

Valyka escuchó cuando Isaac salió, y escuchó también cuando regresó. Supo que estaba siendo observada. Sintió furia y desprecio en esos ojos que la aprisionaban. Se tapó y cubrió también a Amelia con su sábana.

Capítulo 3. Como ningún otro jamás.

Beila y Valyka no tuvieron suerte al día siguiente. Unos niños de otro distrito llegaron antes que ellas a trabajar en los baños públicos. En el camino de regreso pasaron a preguntar a un par de fondas si tenían trabajos para ellas, pero, así como había predicho Beila, les dijeron que no.

Cuadras antes de llegar a la guarida, vieron correr a Tulio hacia ellas. Elevaba sus manos, haciéndoles entender que se trataba de una emergencia.

—¿Qué pasó?

—Quieren matar a Rey.

Ellas corrieron junto a Tulio. Frente a la entrada de la guardia había un montón de hombres y de guardias. Se detuvieron espantados cuando vieron que su hogar estaba siendo desmantelado. Otros hombres excavaban en los escombros y los alrededores.

Cerca de la multitud estaba Isaac al lado de unos jóvenes que Valyka no conoció. Él las miró y aquella mirada fue apática, como de quien no conoce.

Dos guardias tenían sujetado a Rey, cada uno estirando un brazo. Otro le golpeaba el rostro con el mango de su espada. Sangraba del rostro y tenía la mirada en el suelo. No podía sostenerse sobre sus piernas y sólo estaba detenido por los dos que lo agarraban. Beila miró horrorizada la imagen. Tulio parecía lleno de ira.

—¿Dónde está Amelia? —preguntó Valyka.

—No sé —contestó Tulio, quien se mordía un labio hasta hacerse sangrar.

—¿¿Dónde lo guardaste?! —le preguntaba un guardia a Rey, luego de darle otro golpe—. Dinos dónde tienes guardado todo lo que robaste.

Rey alzó la mirada un poco y balbuceó.

—No hay nada.

—Mentiras. ¿Dónde están las joyas?

—Ya no hay nada —contestó Rey y miró directamente a Isaac.

Valyka también lo hizo y se concentró. “Valiria Alza”, susurró y así pudo sentir la presencia de la joya que le había traído el halcón en la bolsa de uno de los jóvenes con los que Isaac estaba.

Para ella el tiempo se detuvo. Contempló a detalle la manera en la que Isaac observaba a Rey siendo golpeado. Isaac los había vendido. Eso era un hecho para Valyka. Sobre aquella escena fue la mirada de Isaac lo que más la impresionó. A pesar de haber visto tantos ojos en sus vidas, estos eran diferentes: eran increíblemente inexpresivos. Como si estuvieran viendo el vacío. Era una mirada incapaz de sentir odio, arrepentimiento o codicia. Una mirada completamente vacía. Pero la verdadera revelación la tuvo cuando puso atención en la gente. Encontró aquel gesto también en uno de los jóvenes que acompañaba a Isaac. En una mujer que se sentó en la tierra y observaba desde lejos. En un hombre que traía un costal en la espalda y presenciaba todo, olvidándose incluso de su carga. Y también la encontró en uno de los soldados que sujetaba a Rey.

“Una Era está terminando. Estoy viendo de una época”.

Sintió que alguien a su lado comenzaba a caminar hacia Rey. Se giró y detuvo a Tulio. Él lloraba lleno de rabia. Valyka le tomó del brazo.

—¿Qué harías tú en su lugar? —preguntó ella.

Tulio tenía los ojos muy rojos.

—Lo van a matar —dijo él.

—No. No lo van a matar.

—¿Cómo sabes?

—Porque ellos no tienen cara de que lo vayan a matar —dijo y voltearon a ver lo que seguía. Allá, los soldados soltaron a Rey y cayó al lodo.

—Te creo, entonces —le dijo un soldado—. Pero tenemos que ponerte un castigo para que no vuelvas a robar.

—Yo no robé nada —declaró Rey.

—Córtenle una mano.

—Por favor no —pidió, comenzándole el miedo.

Los guardias se movieron cuando Rey comenzó a arrastrarse. Valyka sujetó más fuerte a Tulio. Beila estaba entre ellos, espantada. Rey seguía tratando de escapar, así como lo hacen las lagartijas cuando son apresadas de la cola. Entre dos lo sujetaron. Otro sacó su espada. Rey gritó, pero nadie ahí se movió para defenderlo.

—Sálvalo —pidió Beila a Valyka.

—No puedo. Hay un dios decidiendo esto.

Valyka, tras decir esto, volteó a ver a una anciana que traía la mitad del rostro envuelta en vendas; una que veía a Rey, y que luego volteó hacia Valyka y le sonrió levemente. Después, aquella mujer se dio la vuelta y se perdió entre la multitud.

“Lo siento, Rey, pero no es tiempo. No soy tan fuerte. No aún”.

El niño se estremecía mientras el filo de la espada se elevaba. Decidió voltearse, como si de esta manera fuera a doler menos.

El acero lo cortó. Un grito profundo salió de su garganta. El dolor fue peor cuando los guardias le amarraron una tela al muñón para detener el sangrado, acción que siempre se ejecutaba con la misma violencia que el castigo.

La gente comenzó a retirarse. Los guardias tomaron sus armas y se fueron sin decir otra palabra. Valyka notó que Isaac se acercaba hacia ella. Se detuvo a unos centímetros y le susurró al oído.

—Yo te vi ese día en el callejón, con ese hombre.

Valyka se quedó paralizada. Tulio y Beila quisieron alcanzar a Isaac, pero Valyka se los impidió.

—Te vas a arrepentir como no lo hizo nadie jamás. Los dioses no van a perdonarte —sentenció Valyka.

Isaac la escuchó de frente. Luego bajó la mirada y se fue con sus nuevos compañeros.

Rey se revolcaba cuando llegaron Beila y Tulio. Valyka tardó en avanzar. Vio que unos niños se acercaron hacia la mano cortada de Rey. Ella quiso alcanzarlos, pero ellos tomaron la mano y se fueron corriendo, como si hubieran obtenido un tesoro. Y Valyka, detenida, los vio alejarse entre las calles y el polvo.

Rey estaba recargado en la pared de su anterior guarida. Apretaba su herida y lloraba de rabia. Beila no sabía qué hacer y Tulio buscaba algo para amarrar ahí donde todavía brotaba la sangre. Valyka llegó a ellos. La miraron entre la impotencia y el dolor. Entonces ella tocó la herida y conforme pasaron los segundos, Rey se sorprendió: lentamente el dolor quedaba lejos y la sangre dejaba de salir.

—Te quitaron una mano porque traje algo demasiado valioso, Rey, pero voy a darte algo mucho más poderoso que una mano. —Luego miró a Beila y a Tulio—. A ustedes también. Les daré mucho más, lo juro ante el cielo y la tierra.

Los tres vieron en Valyka un poder que era imposible tener para una chica de doce años. Y nadie dijo que sí, pero en silencio firmaron un pacto que duraría hasta el final de sus vidas.

—Vamos al bosque. Ahí sí puedo defenderlos —dijo Valyka.

—¿Y Amelia? —preguntó Beila.

Voltearon hacia la calle. La tarde terminaba y no había rastro de ella. Decidieron que Tulio y Beila irían a buscar a Amelia y que luego alcanzarían a Valyka y Rey allá en el bosque, en el sitio donde habían visto al halcón.

Isaac fue guiado adentro del Complejo. Le llamaban así a una serie de establos abandonados a las afueras. Construyeron pasillos que conectaban un establo con otro, y adentro de estos subieron paredes interiores y las convirtieron en algo parecido a un condominio.

Dos jóvenes lo llevaron entre las puertas y los pasadizos hasta uno de los edificios más alejados. El recorrido terminó delante de una puerta con el seguro por fuera. No parecía tener ventanas y era un cuarto pequeño donde apenas cabría un caballo.

Uno de ellos le hizo la señal de que era ahí y levantó la tabla que servía de seguro y la puerta rechinó al abrirse. Isaac, antes de asomarse a la oscuridad, miró a uno de ellos.

—Ahí está —le dijeron a Isaac.

El niño dio un paso. La paja seca se quebró debajo de sus zapatos. Su vista tardó unos segundos en acostumbrarse. Después pudo ver una cama y un pequeño buró en el rincón. También había una tina de agua y un trapo sobre la tina.

—Marian —dijo con voz baja—. Soy Isaac.

Cerraron la puerta detrás suyo. Hizo un gesto ante el pesado olor, un olor que no reconocía, pero que era fuerte y desagradable. Entonces, alguien se levantó en las sombras y caminó lentamente hacia él. Era una adolescente un poco más alta que Isaac. Tenía un vestido amarillo, sucio; uno de los tirantes caídos. Andaba descalza. Cuando estuvo cerca la reconoció. Isaac sonrió un segundo antes de cambiar de expresión. Aquel rostro era, sin duda, el que buscaba, pero no el que tenía en su mente. Los pómulos saltados hacían que los ojos parecieran hundidos; la carne en las mejillas eran huecos; la piel pegada al cráneo; el cabello cayéndose, mechones entrelazados pegados a la frente; manchas moradas en la piel. También había llagas en donde se rascaba sin descanso. Cuando abrió la boca salió un hedor que hizo retroceder a Isaac. Aquellos ojos de la adolescente, aunque estaban sobre él, parecía no verlo.

La dejó acercarse hasta que estuvieron a centímetros. Él intentó sonreír, pero la tristeza vino también.

—Marian...

Ella sonrió. Movi6 su mano y 6l acerc6 la suya para d6rsela, pero ella lo esquiv6 y fue directo a la entrepierna. Isaac se sobresalt6 y la quit6 con un movimiento brusco. Ella no cambi6 de expresi6n y se acerc6 m6s. Luego lo toc6 con las dos manos mientras acercaba su boca. Isaac la volvi6 a quitar y la tom6 de los hombros, haci6ndola retroceder.

—Soy yo, Marian.

Ella se hinc6 y fue de nuevo por aquella 6nica parte de 6l que le interesaba. Isaac retrocedi6. Volvi6 a alejarla, pero ella, en respuesta, abri6 la boca y sac6 la lengua, ofreci6ndola.

—D6melo —dijo.

—Marian, soy Isaac.

—Dámelo —repitió y se acercó, caminando con las rodillas.

Él la sujetó con más fuerza y trató de levantarla para llevarla a la cama, pero ella le lamió el rostro. Isaac la empujó. Entonces ella lo miró con rabia.

—Dámelo.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—¡Dámelo!

Ella arremetió con fuerza. Empujó a Isaac y cayó sobre él. Con histeria le frotaba el miembro e intentaba meter la mano por debajo del pantalón, pero él se movía desesperado también. Hasta que la quitó con una patada. Ella fue a pegarse contra la pared, pero se levantó de inmediato y volvió gritando.

Isaac la sujetó en la carrera y la arrojó a la cama.

—¡Déjenme salir! —gritó el chico—. ¡Déjenme salir!

El seguro de la puerta sonó y entró la luz. Isaac la dejó tirada sobre la cama y corrió hacia la salida, seguido por ella que se levantó casi al instante. Apenas estuvo afuera, los otros dos cerraron. Ellos reían y hablaban de otra cosa. Echaron un ojo a Isaac cuando él fue hacia el piso y se recargó en la puerta. Luego lo dejaron solo.

Los golpes detrás de la puerta lo movían. Llevó las manos a sus oídos.

—¡Dámelo! ¡Dámelo!

Cada grito resonó en él. Cada grito lo estremeció. Y mientras soportaba los golpes detrás de la puerta y la histérica voz que le taladraba, vio al fondo a Amelia que era llevada a la fuerza por otros adolescentes.

Capítulo 4. Colmillos y palos.

Beila y Tulio volvieron y encontraron a Rey sentado contra un árbol. Se veía pálido y débil. Los reconoció y les preguntó sólo con la mirada.

—No la encontramos —dijo Tulio.

Valyka llegó a ellos y traía hongos silvestres y bayas. Le dio primero a Rey y él comió despacio.

—Tengo la boca seca.

—Ten —dijo Tulio y le pasó una cantimplora vieja que estaba entre las cosas que pudieron rescatar del escondite.

—Hay que encontrar a Amelia —anunció Beila.

Valyka siguió dando de comer a Rey.

—Tulio —indicó la Santa—, más adelante hay un tronco muy grande tirado. Lleven a Rey ahí y yo los alcanzo más tarde.

Tulio asintió. Valyka se dio la vuelta cuando Beila quiso decirle algo y las palabras se quedaron atrapadas en su boca.

Caminando despacio, Valyka llegó a donde terminaba el bosque; frente a ella, la ciudad de dónde habían escapado en la tarde. Nada se escuchaba desde ahí. El resplandor de las antorchas de la ciudad creaba un halo amarillo que se desvanecía en el cielo oscuro. Se sentó sobre las hojas y la tierra. Cerró los ojos y la brisa le movió el cabello en el rostro.

“Félida Cata”.

Sus ojos se movieron debajo de los párpados. Ella podía ver a través de los gatos de la ciudad. Veía personas, carretas, calles, huía de ruidos fuertes, y así pasó casi una hora, atenta a los sonidos y a los olores. Luego algo captó su atención. Supo que la había encontrado.

Era Amelia. Estaba adentro de una bóveda subterránea. La pudo ver a través de un gato que caminaba cerca de una ventana a la altura del suelo. Miró hacia abajo y la encontró. No sólo a ella, sino a una decena de niñas que estaban sentadas y amarradas. Sin embargo, en la visión era de día. Estaba desfasada en el tiempo, mirando los recuerdos de un gato. Cuando entendió, hizo que las imágenes que tenía delante comenzaran a ir mucho más rápido: la gente avanzaba en la calle a una velocidad sobrenatural. La luz en el cielo se iba apagando en cuestión de segundos. Hasta que un ruido le hizo detener el ritmo. Fue una carreta cubierta de cuero que estacionó en la puerta de la bodega. Valyka volvió a acelerar el ritmo de las imágenes y se detuvo cuando vio que subieron a Amelia a la fuerza, junto a las demás. Las palabras que decían los hombres le fueron incomprensibles, como si se dijeran debajo del agua.

Cuando la carreta estuvo cargada, comenzó su camino. El gato que poseía Valyka la siguió tanto como pudo. Iba en dirección de una de las tres salidas de la ciudad. Una que iba al oeste. A partir de ese momento, un pánico atacó los sentidos de Valyka. Hubo un olor a otro animal y, contra sus decisiones, el gato salió corriendo hacia otra parte.

Justo antes de terminar con la conexión, Valyka logró ver el cielo desde los ojos del gato. Luego de regresar en sí, hizo lo mismo, ahora con los suyos, y por la posición de las estrellas notó que había sido un par de horas antes.

Volteó hacia el camino que llevaba al sur y, tras suspirar y cerrar los ojos otra vez, se colocó en cuatro patas y comenzó a correr como una bestia. Sus pisadas eran ligeras y viajaba más

rápido que una carreta tirada por caballos. Gracias a la noche pudo ocultarse entre los matorrales y pasto del camino.

La luz ante sus ojos era gris y veía con claridad. Escuchaba ruedas viniendo de distintas direcciones. También escuchaba el murmullo del viento y los insectos nocturnos. Entonces uno de los sonidos captó completamente su atención: una carreta, el resoplar de caballos tirándola, y de otros hombres montando por aparte. Sin duda era lo que buscaba.

Cambió de dirección porque notó que el camino se torcía más adelante. Sus pasos eran silenciosos y aprovechó la ventaja de su velocidad. Los enfrentaría donde se curvaba el camino.

Amelia, adentro de la carreta, volteó hacia el sendero que dejaba. En ese punto ya no se veía el resplandor de la ciudad. Pensó en sus amigos y en la guarida. Pero, sobre todos, pensó en Valyka. La admiraba y le parecía la niña más hermosa que había visto alguna vez. Pensó que si fuera como ella quizás no la hubieran vendido. Entonces escuchó el histérico relinchar de los caballos.

Valyka saltó de entre las sombras para tirar a uno de los hombres que montaban. El caballo se espantó y corrió sin jinete. Los demás se detuvieron. No podían ver qué era lo que había tumbado a uno de los suyos. Se bajaron de los animales y los amarraron a la carreta. Sacaron sus armas.

El silencio era aplastante. Otro de los hombres gritó herido y cayó al suelo. Aquello que los atacaba era veloz. El hombre herido, que yacía en el suelo, llevó su mano al cuello y ahí tenía enterrada una rama. Los demás lo ignoraron y juntaron sus espaldas mientras alumbraban con sus antorchas.

Valyka se preparó para atacar nuevamente. Volvió a saltar y acató a otro de los hombres. Sin embargo, uno de ellos pudo adivinar el ataque y dio un tajo con la espada. El ataque había tenido poco éxito, pero tuvo la certeza de haber atinado con la punta. Valyka cayó rodando por un corte en la pierna. Trató de levantarse rápidamente, pero ya venían otras espadas hacia ella. A partir de ahí, fue atacada sin tregua por todas las armas y las antorchas. Amelia no podía ver nada desde adentro. El grupo de niñas capturadas se juntaron tratando de sentirse a salvo, excepto una de ellas que vio la oportunidad perfecta para bajar de un salto y salir corriendo.

Quien manejaba la carreta seguía arriba de ésta y sintió que alguien había saltado. Se levantó y amarró las riendas de los caballos nerviosos. Tomó el arco de su espalda y puso una flecha en él. Podía ver perfectamente a la joven que corría desesperada por el camino. Tensó el arco y cerró un ojo. Respiró tranquilo y la flecha salió silbando. Allá, a una decena de metros, la joven fue asesinada al instante por el disparo.

Valyka se encontró rodeada por los hombres y no había espacio para seguir esquivando. Detrás tenía la carreta. Fue a meterse debajo y trató de huir por el otro lado. Pero los hombres reaccionaron antes y la rodearon. Mientras la empujaban con las antorchas, uno de los guerreros la agarró de un pie. La arrastró hasta que la sacó por completo. Otro de ellos traía una pesada cadena y la golpeó con ella. La cadena le dio en el pecho y la sofocó. Ahí se retorció como un animal herido, mientras otros iban para sujetarla.

Por un momento, Valyka sintió que todos estaban demasiado cerca de ella. Vinieron golpes que le dieron en las piernas y la cara. La jalaron del cabello y la levantaron entre varios. En ese momento supo que estos hombres tenían toda la intención de asesinarla, no de capturarla. De

hacerla sufrir antes de darle el golpe fatal. Tenía un ojo hinchado y la respiración todavía no le regresaba por completo. Sintió que se desmayaba y sólo escuchó la risa de todos aquellos. Las palabras de ira que poco a poco iban quedando más lejos.

Uno de los hombres se acercó con aire de jefe y tomó su espada con las dos manos. Puso el filo cerca del cuello de la niña y sonrió. Entonces el viento se volvió loco. Una ráfaga poderosa barrió el campo. Todos los hombres voltearon a donde mismo. Allá en el cielo oscuro se escuchaba un aletear. Quienes la tenían sujeta, la soltaron ante la sorpresa de lo que vieron.

Un ave más grande que el cuerpo de un ser humano venía hacia ellos. Los caballos rompieron sus ataduras y relincharon asustados. Los hombres corrieron, dejando tirada a Valyka, quien levantaba débilmente una mano. La bestia con alas pasó y con su vuelo hizo que la carreta cayera de lado. Con sus enormes garras tomó los hombros de Valyka y ella parecía un muñeco de trapo cuando el animal emprendió el vuelo.

—A ella también —pidió Valyka cuando se alejaron del suelo, pero el ave no obedeció y siguió volando mientras que la chica entre sus garras perdía la consciencia.

El gran halcón voló bajo, hasta que estuvo cerca del bosque donde se refugiaban Rey y los demás. Con un fuerte aleteo detuvo su vuelo. Soltó a Valyka con suavidad y la dejó recostada sobre el pasto. El halcón gritó y su voz despertó a todas las criaturas del bosque. Observó entre los árboles y luego, cuando vio lo que quería, despegó tras un fuerte estruendo.

Después de unos minutos, Tulio se acercó con cuidado, ocultándose entre los troncos, hasta que vio a Valyka en el suelo.

Corrió hacia ella. Antes de tocarla notó sus heridas. Tenía sangre en el labio y un ojo completamente hinchado. Él estaba nervioso y no sabía si debía moverla o no, pero la noche avanzaba y los peligros seguían al acecho.

—¿Tulio? —preguntó Beila, detrás de él.

—Ayúdame a ponérmela en la espalda.

Tulio se levantó con Valyka a cuestas y Beila le ayudó para regresar a donde habían dejado a Rey.

Llegaron al gran tronco. Habían improvisado una cerca alrededor con piedras, ramas y matorrales. En medio, una fogata y Rey.

—Bájame, Tulio —dijo despacio Valyka.

La recargaron en una roca al lado del fuego.

—¿Dónde está Amelia? —preguntó Rey.

Con todo su cansancio y dolor, Valyka le respondió.

—La vendieron.

—Fue Isaac —maldijo Tulio—. Hay que matarlo.

Beila desvió el rostro de la luz. Rey tenía su muñón vendado agarrado.

—Hay que matar a Isaac, Rey —insistió Tulio.

—No.

—Mira lo que hizo.

—No lo vamos a matar —contestó el líder.

—Vendió a Amelia, Rey.

—Vamos a salvarla. Valyka nos va a ayudar a salvarla.

—Y mataremos a Isaac.

—Que no.

—Rey...

—¡Que no! Yo soy el jefe y digo que no.

—Él traicionó a los dioses —dijo Valyka—. Ellos lo harán sufrir mucho más.

Los cuatro se sumieron en un silencio pesado. La madera tronaba en el fuego. Un aroma a flores medicinales llegó con la brisa. Los cuatro voltearon instintivamente hacia el mismo punto, hacia la profundidad del bosque.

Hipnotizados por un poder misterioso, Beila, Tulio y Rey se hincaron como lo haría un caballero ante su rey. Valyka estaba libre de esa influencia y pudo caminar hacia donde la oscuridad ocultaba algo. Puso atención a sus compañeros: ellos tenían la mirada perdida y no cambiaron de posición.

La anciana que había estado cuando le cortaron la mano a Rey, esa mujer con la mitad del rostro vendado, salió de entre las sombras. Valyka se interpuso en su camino.

—Diosa Ágatha, señora de las yerbas y las víboras —dijo Valyka sin hacerle reverencia.

—Valyka Siyeira, la Santa. Es normal que no te afecte *la presencia*, luego de haber comido carne y haber bebido sangre de Él. Te has convertido en algo que está entre los mortales y nosotros.

—¿Por qué torturaste a Rey? ¿Por qué forjaste su destino? ¿Por qué no me ayudaste con Amelia, diosa, si jamás te he ofendido?

—No seas arrogante, Esperanza de Aro, que no te inclines antes ante un dios no te da la capacidad de entendernos. ÉL ha visto hacia adelante y me ha pedido que venga a ti. Que disponga un escenario. Y esa niña no es tan importante como para que yo intervenga con su destino.

—Todos ustedes son iguales...

—Desde los ojos de un mortal, sí. Lo demás es inalcanzable para ti. Pero no he venido a esto.

La mujer extendió su mano y entregó un hongo seco. Valyka se quedó con la mirada fija en la diosa. La observaba con rencor. Tomó el hongo y después se asombró al notar las líneas doradas que tenía.

—¿Es Cumbre de la Montaña?

La anciana asintió.

—¿Por qué me la das?

—Siempre que camines para encontrarla, la hallarás. Cuida de no matar a tus aliados cuando la comas... Eres más poderosa en esta vida que en la anterior. Los dones que te dimos los dioses ahora son superiores. Y Él ha decretado que ninguno de nosotros puede matarte por ahora. Sin embargo, los hombres sí que pueden. Y hay dioses enojados por el decreto. Aranel llora por la vergüenza a la que fue expuesto. Y Aranel es un dios al que se le da bien la venganza.

—¿Tú estás de mi lado?

—Haré lo que Él decreta. Yo, como todos los demás dioses, te amé cuando naciste. Todos compartimos el amor que Él sintió cuando te pensó. Incluso Aranel te amó.

Valyka sonrió, burlándose.

—Piensa lo que quieras, Valyka la Santa, pero es verdad. Fuiste tú quien llevó la lucha a su casa.

—Porque su ejército masacró a miles. A mi madre entre ellos.

—¿Y eso por qué te molestó? —preguntó la anciana, con genuina expresión de duda.

Valyka primero no supo si aquella era una pregunta sincera, pero al ver el rostro de la diosa Ágatha, supo que hablaba en serio.

—Todos ustedes son iguales.

La anciana observó a Rey, a su muñón vendado y enrojecido.

—¿Podrías regresarle la mano?

—No. Decidí que así fuera y ahora no hay forma de que no sea así —dijo y observó a Valyka—. Supongo que tú le darás algo mucho más poderoso que una mano.

—Le daré mi sangre.

La anciana la observó sin reaccionar a las palabras. La observó largo rato y, tras un parpadeo, volteó hacia otra parte.

—Muchos peligros te esperan —dijo la diosa mientras veía hacia la profundidad del bosque—. Come eso de una vez si quieres sobrevivir esta noche.

Tras haber dicho esto, la anciana caminó hacia la dirección de la que había venido. Valyka la vio desaparecer entre los árboles.

Luego escuchó ramas quebrándose. Pasos que se acercaban. Más de un enemigo con sed de sangre. Sus compañeros despertaron de su letargo y se miraron sorprendidos. Valyka puso el hongo seco en su lengua. Se agachó para agarrar una vara con punta. Allí podían verse ojos entre las sombras. Cada vez más. Cada vez más cerca. El fuego de la fogata alumbraba menos.

—Acérquense a mí —dijo a su grupo y ellos obedecieron.

Clavó la rama en su brazo y cuando lo retiró de su piel, su sangre comenzó a brotar despacio. Dejó caer las gotas sobre la tierra. Y aquellos seres que se acercaban rugieron hambrientos.

Capítulo 5. Nada debe desperdiciarse.

El panorama era igual que el de aquella vez. Sucedió en su primera vida, cuando el mundo conoció el poder de la mortal más amada por los dioses y la que más dones tenía.

Fue en su primera campaña. Su ejército descansó una noche en un bosque en tierras lejanas. Habían marchado durante treinta días y pronto estarían en territorio enemigo. Valyka la Santa, dio la orden de acampar y la compañía obedeció.

Eran alrededor de trescientos soldados del reino de Aro y cien mercenarios. Querían recuperar la Puerta Tallada, ruinas que delimitaban la frontera del reino con la tierra del dios Aranel. Había sido tomada un año atrás por el ejército oscuro, y todo quien pasaba por ahí era asesinado. Si esta incursión funcionaba, no sólo ganarían terreno para el reino de Aro, sino que los reinos vecinos hablarían de Valyka Siyeira, quien liberó la Puerta Tallada, y eso sería ganar aún más poder.

Los mercenarios se turnaron para vigilar. Las tiendas estuvieron armadas antes de que terminara la tarde y las fogatas resplandecieron en la noche fresca. Valyka formó parte de un grupo de soldados que rodeaban la fogata más grande. A su derecha estaba sentado un hombre mayor, de aspecto hostil y barba abundante. Él veía el fuego y no parecía disfrutar la noche como los demás, aunque a veces Valyka lo buscaba con la mirada como si fuera una niña haciendo travesuras y el hombre resoplaba, arqueando un poco los labios. A su izquierda tenía otro guerrero. Un hombre de edad similar a la de Valyka, de espalda ancha y gesto amable, uno que no se desarmó como los demás. Sólo él y Valyka seguían portando armas.

El guerrero y Valyka se acariciaban las manos discretamente en las sombras. Rozaban sus dedos en leves movimientos mientras los demás bebían o cenaban o reían entre ellos. El nombre del guerrero era Eron. Valyka lo veía de reojo mientras él hablaba con otros soldados o sonreía. Luego ella sonreía también y las manos seguían juntas, jugando en la oscuridad.

La noche estaba avanzada. Los soldados luchaban entre sí y apostaban por el mejor peleador. Era una noche tranquila hasta que *ellos* aparecieron.

Primero fue una flecha. Valyka y Eron vieron caer muerto a un soldado que brindaba. Cayó de espaldas al suelo. Nadie tardó en reaccionar. Todos fueron a buscar sus armas y los gritos de los oficiales ponían orden entre las filas. Eron y el anciano cubrieron a Valyka. Más flechas nacieron de la oscuridad y se escucharon rugidos de bestias rodeándolos. Soldados fueron cayendo ante la mirada encendida de Valyka.

Ella, mientras era protegida, cerró los ojos y dijo unas palabras antiguas, de contratos con espíritus. Una potente luz nació de la mano del anciano, quién peleaba. Valyka, por su parte, desprendía un vapor rojizo. También gritó y sus soldados fueron contra los enemigos.

Ahora se repetía. Detrás de Valyka seguían Tulio, Rey y Beila, quienes miraban espantados a las bestias que venían. Ella esperaba al enemigo que se acercaba entre las sombras del bosque.

La sangre de la Santa había caído sobre la tierra. Las bestias, parecidas a los lobos pero más grandes, retrocedieron ante el olor. El hongo que había comido Valyka comenzó a hacer efecto. De un segundo a otro, los latidos de su corazón aumentaron de ritmo. Sus pupilas se dilataron y el tiempo transcurrió más despacio.

“Félida Cata. Valiria Alza”.

Su cuerpo se alteró. Tronaron algunos huesos, reacomodándose, y su rostro también cambió. Las facciones de su cara se hicieron parecidas a las de un felino y crecieron sus colmillos hasta el punto de salir un poco de sus labios. Rugió hacia las bestias. Mostró también las pequeñas garras. Y mientras amenazaba a sus enemigos, rodeó a sus compañeros dejándolos adentro de un círculo de sangre.

—No se muevan de aquí —dijo con una voz que no podía ser humana.

Beila cayó sin fuerzas con las piernas dobladas. Cerró los ojos. Tulio quiso acercarse a ella, pero se dio cuenta que Beila se orinaba mientras temblaba frenéticamente. Rey tenía toda su atención en Valyka. Ella avanzó hacia las bestias. Aunque era el cuerpo de una niña no mayor a los doce años, Rey notó que no era un ser inocente o ingenuo; cuando les dijo que no se movieran, su voz no tenía miedo ni dudas; tampoco odio. Rey no necesitó más experiencia para estar seguro de que ella estaba acostumbrada a estar ante la muerte.

Una de las bestias saltó hacia Valyka. Ella lo esquivó. Girando en el aire le cortó la garganta con sus afiladas uñas. La bestia cayó rodando. Los demás monstruos retrocedieron. Caminaron hacia los lados, preparados para atacar.

—Farces, mensajeros del dios Agnus, el señor de los castillos y del amanecer —dijo Valyka enseñando sus dientes puntiagudos—. He comido Cima de la Montaña. No van a poder matarme.

—¿Y a ellos? —preguntó uno de los farces con voz grave—. ¿Crees que el olor de tu sangre durará para siempre? ¿Crees que eso los protege de nosotros?

Valyka sonrió aún más. Sus ojos se volvieron completamente negros.

—No la usé para protegerlos de ustedes, sino para protegerlos de mí —contestó Valyka.

Entonces se lanzó sobre la manada de farces.

La sangre salpicaba, caía sobre las hojas, sobre su rostro. Ella no era dueña de sí misma; era pura locura e ira. Rey y los demás fueron testigos de la matanza y de eso en lo que se había convertido Valyka. Ella descuartizaba a los farces, les arrancaba las extremidades o los mordía del cuello y los arrojaba contra los árboles. A pesar de que la herían no se detenía por ninguna razón.

Sólo quedaba una de aquellas bestias viva. Enseñaba sus colmillos a Valyka.

—Escuchen, mortales —dijo el farce con voz potente—. Quien me manda decreta que vayan a buscarlo. Que Valyka la Santa, vaya a sus tierras y rece en su nombre.

Luego de hablar, el farce rugió y fue contra Valyka. Se trenzaron como animales salvajes. Cayeron y siguieron en su pelea mientras rodaban. Luego se escuchó un lamento fatal que lanzó el mensajero. Con Valyka mordiéndole el cuello, el farce miró el cielo, buscando la luna.

Tulio quiso avanzar cuando se dio cuenta de que ya no había más enemigos, pero Rey lo detuvo. Valyka volvió su mirada hacia ellos. Caminó a cuatro patas mientras olfateaba. Se acercó hasta que pudieron verla claramente. Estaba bañada en sangre, con el rostro transformado, llena de heridas. Seguía teniendo aquella ira. Avanzó lentamente y estuvo frente al círculo que hizo con su sangre. Cada vez enseñaba más los colmillos y su hocico quedó a centímetros del vientre de Rey. Ni él ni los demás se movieron. Valyka rugió y Rey cerró los ojos. Valyka olfateó un par de veces más, luego retrocedió. Buscó en los alrededores y se fue a las profundidades del bosque.

Las horas pasaron en silencio. Ninguno se atrevió a salir del círculo y los tres recibieron ahí la luz del día siguiente.

Sintieron la calma que trae consigo el lento amanecer. Beila no tenía intenciones de levantarse y miraba hacia el suelo. Rey fue el primero en dar un paso. Veía los cadáveres que lo rodeaban. Pasó por encima de un cráneo cubierto de sangre y siguió por un sendero marcado por los restos de farces.

Tras avanzar, Rey se encontró con un ligero barranco. Se agarró de una rama para poder ver hacia abajo. Allá, en el fondo, estaba Valyka. Buscó la manera más segura de bajar.

La ropa de Valyka había quedado deshecha. La mayor parte de su cuerpo estaba desnudo. Tenía demasiadas heridas y sangre seca sobre su piel. Él se quitó la camisa de lana con una sola mano y la puso sobre el pecho de Valyka. Tulio se asomó en la cima del barranco y preguntó a Rey si todo estaba bien.

—Ven y ayúdame.

Valyka era ligera. Entre los dos la subieron y, cuando llegaron a la cima, descansaron un poco. Ella abrió los ojos. Rey la observó y ninguno dijo una palabra. El camino a partir de ahí fue menos difícil porque Valyka sólo necesitó apoyarse en ambos para caminar.

Cuando avanzaron vieron a Beila. Ella los esperaba de pie, con las manos juntas, como quien siente culpa. Luego de recargar a Valyka en un árbol para que descansara, Tulio habló.

—Fue tu culpa —le dijo a la Santa.

Beila y Rey voltearon a verlo. Valyka no, pero estaba despierta.

—Amelia estaría aquí. Fue tu culpa, Valyka.

—Cállate —dijo Rey.

—También es tu culpa. Si no le hubieras dado permiso de quedarse, estaríamos bien. El plan era bueno. No necesitábamos a nadie más.

—No debes decir eso —dijo Beila—. Vamos a salvar a Amelia.

Tulio rio de ironía.

—Rey, vámonos al otro escondite. Vamos a ponerle una trampa a Isaac. Que nos diga a dónde se llevaron a Amelia.

—No pueden rescatarla. Todavía somos débiles —dijo Valyka.

—Yo no quiero estar contigo —contestó Tulio.

—Cálmate —dijo Rey.

—Ni siquiera hemos comido —siguió diciendo Tulio—, tenemos hambre. Tú debes conseguir la comida. Vamos a trabajar y luego juntamos dinero para que alguien rescate a Amelia. O vamos y la compramos nosotros.

Rey no contestaba.

—Si no quieres entonces yo me voy —sentenció Tulio y volteó a ver a Beila. Ella desvió su mirada—. ¿Te vas quedar?

—Voy a hacer lo que diga Rey.

—Rey... —insistió Tulio.

Rey negó moviendo de cabeza.

—Vámonos o te llevó a la fuerza. Tenemos que seguir con el plan.

—Quédate —dijo Beila y lo tomó del brazo.

Él se zafó a la fuerza, lastimándola. Luego se acercó a Rey.

—Vámonos.

—No.

—Que nos vayamos. Nos vamos a morir aquí. Nos van a matar por culpa de Valyka.

—No.

Tulio le dio una cachetada. Rey no reaccionó.

—Vámonos.

Rey no contestó. Beila comenzó a llorar.

—Yo voy a salvar a Amelia —dijo Tulio—, y voy a matar a Isaac. Y nunca nos volveremos a ver.

—¡No te vayas! —gritó Beila.

Tulio tenía un nudo en la garganta. Luego volteó a ver a Valyka.

—Los vas a matar.

Valyka le sostuvo la mirada, pero no contestó. Él echó otro vistazo a Rey y a Beila antes de darse la vuelta y comenzar a caminar.

Pasaron las horas y nadie dijo nada. El sol estuvo en su punto más alto. Entonces Rey le hizo una pregunta a Valyka.

—¿Qué me vas a dar?

Ella no entendió la pregunta.

—Dijiste que me ibas a dar algo más fuerte que una mano. ¿Qué me vas a dar?

Valyka se le quedó viendo durante unos segundos. Sonrió triste. Se levantó sin importarle las condiciones en las que tenía la ropa y fue por Beila para levantarla. La llevó hasta donde estaba Rey y las dos se hincaron. Valyka los abrazó al mismo tiempo, y en ese abrazo, ella habló despacio.

—A ti, Beila, te convertiré en una guerrera de la que todo el mundo sabrá el nombre, y harán canciones de tu fuerza y de tu belleza. No habrá reino que no dé un ejército por ti. Y a ti, Rey, te convertiré en un hombre al que todos temerán con sólo escuchar tu nombre. Te pondré por encima de los guerreros de las leyendas y los demás se hincarán ante ti. Lo juro por mi nombre. Lo juro ante todos los dioses que nos observan.

Se separó de ellos y se miraron.

—Pero ahora tenemos que comer. No podemos desperdiciar la carne que nos mandó el dios Agnus —dijo y volteó a ver los cadáveres, aquel festín que los cuervos ya estaban aprovechando.

Tras preparar el fuego y cortar la carne como pudieron, se pusieron a comer alrededor de la fogata. La carne era dura y amarga, pero eso era mejor que seguir con los estómagos vacíos.

—¿Quién eres? —preguntó repentinamente Beila, interrumpiendo su comida.

Valyka también se detuvo. Rey puso atención de reojo.

—¿Por qué puedes hacer esas cosas? ¿Por qué te llamas como Valyka la Santa?

Valyka pensó su respuesta.

—Soy la que llegó una noche con ustedes y le dieron de comer lagartijas. Soy la que durmió abrazada de Amelia en las noches y la que trabajó a tu lado. Soy esa Valyka, Beila.

—Pero ¿cómo puedes hacer esas cosas? —preguntó Beila y señaló con su mirada los cadáveres de los farces.

Cuando Valyka iba a responder, Beila la interrumpió con otra pregunta, al borde del llanto.

—¿Por qué no salvaste a Rey? ¿Por qué no regresaste con Amelia? ¡Dime por qué no nos

ayudaste si eres tan fuerte!

—Nos hubieran matado a todos si peleaba por Rey.

Rey seguía mirando de reojo, pero dejó de comer.

—¿Por qué no regresaste con Amelia? ¿Por qué no vas y matas a los que la compraron, así como mataste a esos monstruos?

—Porque la mataría también a ella.

Vino un silencio. Sólo se escuchó el viento entre los árboles.

—Descansemos —dijo Rey—. Tenemos que encontrar un lugar para descansar y luego nos prepararemos.

Las dos niñas lo vieron preguntándose qué es lo que harían. Él habló a Valyka.

—Vas a enseñarnos a pelear.

Valyka no lo dijo, pero notó en Rey una emoción y un gesto que tenía que ver con las ganas de matar, con la sed de sangre. Aquel niño de doce o trece años había tenido la misma expresión de un soldado que conoce la muerte y que ha sido entrenado para matar. Quizá fuera por la sombra que tenía detrás de él, una sombra tambaleante y agrandada por las llamas, que a Valyka le pareció que ya no estaba ante un adolescente, sino ante un hombre. Aquellos ojos de Rey eran serenos y graves, como los de quien ya es fuerte.

—Yo sé de *contratos* —dijo Beila.

Valyka le puso atención.

—¿Cómo sabes de los *contratos*?

—Porque yo también puedo hacerlos —contestó Beila y fue su voz como la de quien confiesa algo que le trae dolor o vergüenza.

Capítulo 6. Piedras y trampas.

Tulio se amarró una tela sobre la cabeza, tapando su frente. También se cubrió la parte baja del rostro. Avanzó entre las calles sin mirar a nadie. Llegó a un sitio de la ciudad donde había un puente. Él estaba debajo de éste, y por ahí pasaba un río. Era la entrada de pasillos subterráneos que se conectaban con las cloacas. Siguió entre las pequeñas calles hasta que llegó a una reja de metal. Hacia adentro sólo había oscuridad y el sonido de gotas de agua cayendo. Pasó entre los barrotes desgastados de la reja y caminó sobre aguas sucias. Se tapó la nariz con otro trapo y así continuó un cuarto de hora.

Dentro de las cámaras subterráneas avanzó hasta llegar a una zona donde las paredes eran mucho más viejas, talladas sobre la roca. Volvió a bajar otras escaleras, siempre apoyando su mano en la pared debido a la oscuridad, hasta que llegó a una gran sala. Anduvo con cuidado y se topó con una antorcha en la pared. Buscó en su bolsillo una lija de metal y una piedra de chispas. Encendió la antorcha y pudo ver el sitio: un cuarto con techo alto y pilares a los lados.

Fue hasta el rincón de la sala y ahí encontró una bolsa de cuero. Sacó de adentro un puñado de monedas de cobre, una daga y un anillo. Sostuvo el anillo; era una pieza de joyería barata y mal hecha, un anillo pequeño que apenas le quedó en el dedo meñique.

Esa noche durmió sobre el piso. Tuvo frío y, entre dormido y despierto, soñó con la guarida anterior, la que habían destruido los soldados. En su sueño vio que había más personas que no conocía, pero entre ellos también vio a Amelia y sintió un falso alivio cuando creyó que el sueño era la realidad.

Se movió y sintió el duro relieve del suelo. Despertó. Miró las siluetas de los pilares y, junto con el frío, vino el desconsuelo. No estaba allá donde Amelia era libre, sino aquí, donde recordó que ella sufría lejos y sola.

Pasó un tiempo y supo que debería estar amaneciendo. Tomó la bolsa con el dinero y la daga. Con las monedas hizo tres grupos iguales: cuatro monedas en cada uno. Tomó un grupo y guardó las demás. Le puso atención a la daga. Sintió la punta del metal con su dedo pulgar y lo presionó tanto que sintió una punzada cuando por fin atravesó la piel. Una gota de sangre se formaba ante su mirada. Chupó la herida y se levantó para salir a las calles.

Caminó entre la multitud que iba y venía cerca del mercado. Buscó discretamente entre los rostros alguno que se le hiciera conocido, pero no tuvo suerte y abandonó la zona para ir a otro lugar que estaría igual de concurrido. Tras caminar media hora llegó a otra plaza donde los puestos de los mercaderes eran menos.

Un grupo de adolescentes llamó su atención. Pasó cerca de ellos. Fue hacia una tienda cercana que ofrecía pan recién horneado. Apretó las monedas que sujetaba debajo de la ropa. Pidió dos piezas de pan fresco y pagó con la mitad de lo que tenía. Cuando tuvo el pan en sus manos se fue de prisa. El grupo de adolescentes lo observó desde que compró el pan hasta que se alejó. Ninguno de ellos habló, pero todo el grupo pensaba lo mismo.

Tulio llegó a la entrada de ese laberinto que eran las alcantarillas. Llegó agitado, y antes de entrar por los barrotes, miró hacia atrás y hacia los lados. Luego se perdió entre la oscuridad y el eco de las gotas de agua.

Isaac se mantenía inmóvil frente al cuarto de Marian. Desviaba la mirada con cada sonido que salía de ahí dentro. Dos jóvenes custodiaban la puerta y ellos no prestaban atención a los gemidos o a los movimientos bruscos que se escuchaban. Pero para Isaac eso era una tortura. Dio la vuelta y huyó del lugar.

Entre los pasillos del Complejo llegó a la puerta más custodiada.

—¿Qué quieres? —preguntó el guardia de mayor edad.

—Quiero hablar con él.

—¿Para qué?

Isaac no contestó. El guardia comenzó a sonreír y luego miró a los otros que también sonreían. Sólo Isaac se quedó con expresión seria. Entonces, el guardia se hizo a un lado y lo dejó pasar fingiendo que se trataba de alguien importante.

Al entrar lo invadió un fuerte olor a hierbas. El aire que se respiraba ahí adentro era pesado. Sintió que le faltaba el aliento. Entonces escuchó que alguien golpeó a otra persona. La víctima se quejó del dolor. Isaac pudo ver a un hombre abofeteando a una mujer que mantenía sujeta de las manos. Ese hombre volteó hacia Isaac. Soltó bruscamente a la mujer y caminó hacia él.

—Eres el nuevo... ¿Qué quieres?

Isaac no habló inmediatamente. Antes, evadió la mirada del hombre y puso atención en la mujer que había quedado allá, y que ahora se arrastraba como un animal. Venía hacia ellos con una expresión ajena y desorientada. El hombre, al darse cuenta, le gritó como si se tratara de espantar a un perro callejero. Ella se asustó y volvió al rincón donde la habían dejado. Isaac apretó los puños y elevó el rostro.

—Quiero llevarme a Marian.

—¿Quién es Marian?

—Mi hermana.

El hombre se quedó serio tras escuchar. Lo observó mientras lo único que podía escucharse era su fuerte respiración. Luego miró hacia una de las ventanas que tenía cerradas.

—No te la vas a llevar.

—Se ve enferma.

—Sí... todas se ven enfermas. Pero no te la vas a llevar. A lo mucho puedes comprármela.

Isaac no se sorprendió. Sabía que esa era la posibilidad más grande.

—¿Cuánto tengo que juntar?

El hombre inspeccionó al niño. Fue hacia una mesa en la que tenía distintas balanzas y un ábaco de madera. Hizo un par de cuentas y suspiró antes de dirigirse a Isaac.

—Te costaría cuatro monedas de oro. No menos. Puedo rebajarte el costo de que venga un adeptus a revisarla.

Isaac pensó en silencio unos segundos. El hombre se impacientaba y comenzaba a mirar hacia otras partes.

—¿Cuántas monedas de cobre son cuatro monedas de oro?

—Dos mil. O doscientas cincuenta de plata. Puedes pagar como quieras.

—Es demasiado...

—Sí, pero eso es lo que cuesta. Cuando tengas la plata avísame.

—¿Y no puede venir ya un adeptus a verla?

El hombre caminó rápido hacia él. Isaac retrocedió, pero no tuvo tiempo de evitar que el hombre lo tomara por el cuello y así lo llevara hasta chocar contra la puerta. Lo alzó con las dos manos e Isaac pataleaba y trataba de zafarse de aquel hombre, aunque con intentos inútiles.

—Te recibo, te escucho, pierdo mi tiempo, contesto tus dudas ¿y todavía quieres más de mí? Si vuelves a entrar aquí sin el dinero te voy a poner a trabajar como a tu hermana.

Isaac entrecerraba los ojos y la fuerza se le iba del cuerpo. El hombre lo soltó y cayó al suelo, donde comenzó a toser tratando de recuperar el aliento.

Los guardias abrieron la puerta empujando a Isaac. Entraron riendo y el hombre les hizo una señal para que se lo llevaran.

—Pídanle doble cuota por siete días —ordenó y los guardias asintieron mientras arrastraban al niño.

A la mañana siguiente, en el escondite, Tulio revisó las monedas en la bolsa de su pantalón. Era el segundo grupo de monedas. Un día más para probar su suerte. Sólo ese día y otro más para probar que su plan era un buen plan.

Caminó entre las concurridas calles del mercado al que había ido el día anterior. Dio vueltas buscando un grupo de jóvenes. Con muchísima suerte encontraría a Isaac entre ellos. Pero eso no sucedió. Sin embargo, sí pudo toparse con uno de los que acompañaron a Isaac el día que cortaron la mano a Rey. Cruzaron miradas y Tulio rápidamente ocultó el rostro y cambió el rumbo. Fue hacia las tiendas del otro extremo y ahí pidió un pedazo de queso, un trozo de carne seca y un pan. Pagó con las tres monedas de cobre y luego ocultó la comida debajo de su ropa para salir a prisa del mercado.

Supo que lo estaban siguiendo. Tomó las escaleras que lo llevaban hasta las alcantarillas. Escuchó pasos detrás, cada vez más cerca. Entró rápidamente por la reja de metal. De ahí tomó el camino laberíntico que lo llevaba hasta el cuarto de los pilares.

Después de haber dado varias vueltas, ya no escuchó los pasos. Sólo quedó el sonido permanente de las gotas.

Encendió la antorcha. Fue hasta el rincón, ahí donde había puesto mantas y donde también estaban las monedas restantes y la daga. Dejó sobre el suelo la comida que había comprado y, antes de ponerse a comer, miró hacia la entrada del lugar. Aún se escuchaba el murmullo de los pasos buscándolo, pero él confió en la complejidad del camino y en la oscuridad. Sin embargo, mantuvo la vista fija en la entrada y la daga cerca de su mano.

Isaac cargaba unas maderas. Construían una torre de vigilancia cerca de las murallas. La mayoría de los que trabajaban eran más grandes que Isaac. Casi todos eran adultos con experiencia en la construcción y, aunque había algunos jóvenes, él era el menor por mucha diferencia. Se le veía batallando para cargar las tablas, además de tener heridas visibles en el cuello y en los hombros.

Un grupo de jóvenes llegó a la zona de construcción. A pesar de ser adolescentes, llegaron con un aire arrogante, y nadie de los hombres y mujeres que los vieron les cuestionaron la visita. Ellos fueron directo hacia Isaac, y cuando él se dio cuenta de que lo observaban, dejó los

materiales a un lado para ir a hablar con el grupo. Uno de ellos sonrió cuando Isaac estuvo frente a ellos.

—Es difícil la cuota doble.

Isaac asintió. Supo que estaba ante uno de los más arrogantes y violentos de la banda.

—¿Qué quieres, Colín?

—Vimos a uno de los que se juntaban con la lagartija.

Eso captó su atención. Quedó a la expectativa.

—Lo vimos temprano en el mercado de Jorek. Compró comida como para tres. Dicen que ayer también.

Isaac entendió cuál era el verdadero motivo del grupo.

—Debe tener el tesoro de la lagartija. Los demás lo siguieron, pero se metió en las cloacas. Tú sabes en dónde se esconde.

—Esa guarida no la conozco.

—Sí la conoces.

—No. Hay cosas que nada más sabían Rey y Tulio.

El joven sonrió con arrogancia.

—¿Seguro?

—Sí.

—Te creo. No lo sabes. Pero creo que tu hermana sí puede saber. —Volteó a ver a sus compañeros—. ¿Y si vamos todos juntos a preguntarle si sabe dónde está el escondite? Va a ser como como jugar al tesoro.

Todos rieron. Isaac supo que Colín no estaba mintiendo por más que riera.

—Ella no sabe nada —dijo Isaac.

—No sé si te creo. Pero puedo creerte si pasas *la prueba*.

Isaac desvió la mirada.

—¿Ustedes creen que pase la prueba? —preguntó Colín a los demás.

Ellos sobreactuaron. Se pusieron a pensar como si estuvieran ante un gran dilema.

—No lo sé —dijo uno—, pero podemos llevarlo a que la haga de todas formas.

—Deja que la haga, Colín —dijo otro.

—Sí, déjalo —cantaron todos a coro.

Colín miró fijamente a Isaac.

—Si pasas la prueba te voy a creer, y como premio sólo iremos la mitad de nosotros a preguntarle a tu hermana. ¿Está bien?

Isaac estaba nervioso. Apretó la quijada y dijo que sí.

Caminaron por más de una hora hasta que estuvieron en el campo. Había algunas granjas cercanas, pero ningún hombre o mujer que pudiera verlos. Subieron una colina poco elevada y ahí le indicaron que se parara frente a un árbol. Él obedeció. Tenía las manos juntas, hacia adelante y esperó en silencio mientras era observado por Colín y los demás.

—Bájate los pantalones —ordenó Colín.

Isaac se quedó paralizado ante las palabras. Los demás comenzaron a reír. El líder del grupo hablaba en serio.

—Bájate los pantalones.

Isaac supo que no tenía alternativa. Incluso, aunque algún guardia pasara por casualidad por esos caminos, sabía que no había otra manera de terminar con esto.

Aguantando la vergüenza desabrochó el nudo que sujetaba sus pantalones y los bajó. Se cubrió los genitales con las dos manos.

Uno de la banda le dio una piedra a Colín.

—Quita las manos —ordenó.

Isaac tembló diciendo que no. Entrecerraba los ojos.

—Que te quites las manos o voy a apuntar a la cabeza.

Isaac miró al cielo todavía cubriéndose. Las ramas del árbol estaban sobre él y dejaban ver pequeños rayos de sol. Sin bajar la cabeza quitó sus manos.

La primera piedra dio en el muslo. Sintió ardor que primero fue frío y luego caliente. Respiró más agitado. Sentía que iba a llorar en cualquier momento, que las piernas perdían su fuerza. Pero no cayó.

Vino el segundo tiro y dio en sus genitales. Se quedó sin aliento por el dolor que ascendía desde el vientre hasta el pecho. Los demás gritaron de emoción. Otra piedra dio en la rodilla y le durmió la mitad de la pierna. Isaac comenzó a llorar. No dejaba de mirar hacia arriba. Usaba todas sus fuerzas. Los demás ataques vinieron seguidos e Isaac no pudo seguir contando las piedras, sólo esperó que Colín y los suyos se hartaran pronto.

Capítulo 7. Un rostro muy cercano.

Beila, Rey y Valyka estaban de pie, rodeando los restos de una fogata. Se adentraron en el bosque e improvisaron un refugio ahí en el acantilado donde Valyka terminó su pelea contra los farces. Beila estaba concentrada, como quien va a mostrar algo importante. La tarde terminaba y vino la brisa fresca que precede a la noche.

—Monte Aldebarán —dijo Beila.

La tierra retumbó y las aves volaron de los árboles. Rey, aunque no comprendía todo lo que pasaba, supo Beila era mucho más fuerte, que era imposible compararse con ella en ese momento. Valyka se preocupó, como si esperara que en cualquier momento pasara algo terrible. Se acercó rápidamente cuando vio que a Beila le comenzaba a salir sangre de los oídos y la nariz. Beila sufría. Entonces Valyka le tocó el pecho con la mano abierta.

—Está bien. Vuelve. Vuelve, Beila. Está bien.

Beila regresó en sí poco a poco. La miró asustada y lo desconoció todo por un segundo. Cayó al suelo mientras Valyka la ayudaba y Rey venía hacia ellas. Ahí sentada trató de recuperar el aliento. Lentamente sus recuerdos y sus pensamientos volvían a la normalidad.

Pasados los minutos, Valyka encendió la fogata. Beila estaba sentada mientras Rey la inspeccionaba, buscando con su mirada que no le saliera más sangre.

—Estoy bien —dijo Beila.

Valyka se acercó. La noche cubría el bosque.

—Tienes un contrato precioso —contempló Valyka.

Beila ocultó su mirada.

—Cuéntame cómo fue —le pidió Valyka—. ¿Cómo fue cuando te habló el espíritu del Monte Aldebarán?

—Es uno de mis primeros recuerdos —dijo Beila observando a la nada, mirando su pasado—. Estaba acostada sobre paja, en una especie de cuna. Veía hacia la ventana. Entraba mucha luz, una luz muy blanca que me hacía cerrar los ojos. No puedo decir bien cómo era. Pero era grande. No era una persona... era más como “algo”. Me dijo muchas cosas. No me acuerdo de todo, pero sí me acuerdo de “Monte Aldebarán”. No se me olvidó nunca. Y cuando tenía miedo o estaba enojada, me daban ganas de decirlo. Luego vino una persona a mi casa. Mi padre le pidió que fuera a verme, que en las noches me levantaba y decía cosas, que mi madre tenía miedo. Ella era una mujer joven, muy bonita. Esa persona que me fue a ver me contó lo que hacen los adeptus. Me contó sobre los dioses y sobre los contratos. Pero yo no entendía mucho. Luego mis papás y yo nos fuimos del pueblo y no supe más, ni a quién preguntarle, y pasaron muchas cosas después de eso.

Rey desvió la mirada. Valyka supo que ellos dos sabían la otra parte de la historia, pero no querían hablar de eso.

—La gente respeta a los adeptus, Beila, pero también les teme. Así le tuvieron miedo a la Santa cuando despertó sus contratos. Pero tener un contrato también quiere decir que podemos hacer cosas que los demás no. Hay adeptus que curan enfermedades o que pelean contra ejércitos... Yo sé por qué sangras cuando invocas a Aldebarán.

Beila la miró.

—No sé toda la historia, pero estoy segura que fue doloroso —siguió diciendo Valyka—. Lo es para cualquiera que nace con eso. Eres una adeptus, Beila, puedes hacer cosas que los demás

no pueden. Y eres mucho más fuerte de lo que crees.

—¿Por qué no puedo hacerlo como tú?

Valyka sonrió. También dirigió sus palabras a Rey.

—Los dioses usan a los espíritus para demostrarnos que nos aman o nos odian. Los adeptus son amados por los dioses. Eso hace que los espíritus se junten sobre nosotros. Nos hablan, nos dicen cómo usarlos. Pero no es fácil aprender. Cada espíritu pide cosas diferentes. “Félida Cata” es el espíritu del gato. Debo estar buscando algo cuando lo uso. Monte Aldebarán es el espíritu del bisonte. Yo lo he visto en otro adeptus. Es muy hermoso verlo pelear, y para usarlo necesitas creer que nada en el mundo puede detenerte. Que romperías la roca de frente. Que puedes correr para siempre. Es el espíritu de la confianza. Cuando no tienes confianza y lo usas, pasa esto.

Beila miró al suelo, pensativa.

—¿Y yo? —preguntó Rey, rompiendo el ambiente—. Yo no tengo nada de eso, pero debo tener uno, como tú y como Beila.

Valyka se sorprendió con aquellas palabras. Luego sonrió. Se sintió orgullosa de la confianza de Rey, de su porte prepotente.

—Sí. Eso es lo que te daré por la mano que te cortaron.

Rey sonrió también. Los dos se quedaron en silencio, cada quien imaginando lo que pasaría después de eso.

—¿Puedo escoger el contrato que quiera?

—No —contestó Valyka.

Entonces, sentados en el suelo sobre las hojas secas, los tres rieron ante las llamas de la fogata.

Isaac se recargó en una pared, débil. Tenía moretones en todo el cuerpo. Apenas podía respirar. Tenía fiebre y sueño. Se deslizó para sentarse y ahí se quedó dormido, a la vista de todos.

Sonó que Marian le hacía una sopa y que él comía contento, lleno de hambre. Ella le sonreía desde la mesa y le pasaba un vaso de leche. Sin embargo, por más que tomaba y tomaba, seguía sediento. Buscaba qué más tomar y encontraba una jarra de limonada fría. La bebía directamente de la jarra, pero no saciaba su sed. Entonces veía que Marian estaba acostada, dormida. Otra necesidad habitó su cuerpo ante la imagen. Estaba excitado viéndola dormir, viendo su cabello castaño sobre la cama como un abanico, con las piernas abiertas y la camisa desabrochada. Sintió una enorme necesidad de poseerla, aunque se dijera a sí mismo que no debía, que era su amada hermana mayor. Sintió culpa y se sintió miserable, pero no podía detenerse, y ella seguía ahí, dispuesta. Algo le decía que ella quería lo mismo, pero la culpa y la vergüenza crecían y lo inmovilizaban. Sintió el rostro muy caliente. Entonces, el sonido del mundo desde lejos y lo hizo abandonar poco a poco ese sueño.

Despertó por el ruido. El dolor en su entrepierna regresó como un relámpago cuando quiso acomodarse. Tenía una sensación anormal. Sentía que sus genitales eran diez veces más grandes y sólo el roce de su entrepierna le generaba un tremendo dolor. El hambre y la sed también eran intensas. La fiebre se había calmado, pero sabía que su estado era el peor posible. Sentía húmedo su pantalón y no quiso ver, pero tuvo la seguridad de que seguía sangrando.

Sólo podía pensar en una cosa: debía ir a ese sitio. Esa era su única salvación: ver a Tulio y

rogarle. Se aferró con las manos a la pared y usó toda su fuerza para levantarse. La mancha de sangre llegaba hasta los tobillos. Su corazón se agitó y la respiración se le iba, pero había claridad en su mirada.

Caminó entre el tumulto de gente. Nadie le ponía atención, y quienes llegaban a verlo, lo trataban con indiferencia, como si vieran a un perro callejero.

Llegó a la entrada de la alcantarilla. Conocía el camino a partir de ahí. Se adentró en las cloacas y avanzó despacio. Pensó en cómo sería comer y recostarse, saciar su sed y poder dormir dos días seguidos sobre mantas cómodas. Pensó en que, quizás, algún día podría descansar junto a Marian: dormir en la misma casa, saber que ella iba a estar allí cuando él despertara; comer juntos, trabajar juntos en el campo, buscar un oficio... Por un segundo también pensó en su mamá. Pero de ella tenía sólo el recuerdo de un rostro viéndolo de cerca, un rostro amable, bonito, que le decía algo que no podía recordar. Luego todos los recuerdos se centraban en Marian trayendo comida a ese rincón de la calle donde vivieron cuando estuvieron solos.

Regresaba al presente y volvía a verificar si iba por el camino adecuado, si no se había perdido debido a sus pensamientos.

Estaba frente a la entrada. El cansancio se desbordó cuando supo que había llegado a la guarida. Tuvo significado haber aguantado allá en el campo, no decirle a Colín cómo llegar a este lugar. Sólo necesitaría encontrarse a Tulio y podría descansar a salvo.

Entró en la sala de los pilares. Olía a aceite quemado. Con las piernas tambaleantes dio pasos en la oscuridad. Extendió la mano para agarrarse de algo porque tenía miedo de caer. Entonces tocó a alguien. Se asustó por un momento, pero de inmediato supo quién era. Le tocó el rostro como lo haría un ciego. Sonrió en la oscuridad. Respiró profundo.

—Tulio... —susurró Isaac y se dejó caer. Lo siguió tocando de las piernas—. Tulio...

—¿Dónde está Amelia? —preguntó aquél, tajante.

—No fui yo. Me dijeron que la iban a cuidar. Nos iban a atacar como quiera. Dijeron que iban a matar a Rey. Por eso lo hice.

Tulio se agachó. Los ojos se acostumbraron y pudieron ver el relieve del otro, una pequeña luz en las pupilas.

—Nos traicionaste. Vendiste a Amelia y le cortaron una mano a Rey. Tú lo viste todo.

—Nos iban a matar. La banda nos iba a matar para llevarse a Amelia y a Beila a la fuerza. Hubieran matado a Rey.

Tulio sacó la daga.

—Hubieras dejado que así fuera. Hubiéramos muerto juntos.

—No, Tulio, por favor, ayúdame, tienen a Marian. Me van a matar si voy con ellos, por favor. Isaac comenzó a llorar. Suplicó más fuerte. Tulio también lloró, sólo que en silencio.

—¿Por qué dejaste a Amelia? Nosotros le dijimos que la íbamos a cuidar. Nos traicionaste...

—Perdóname, Tulio, perdóname, por favor —suplicó y trató de abrazarlo.

Tulio se resistió un poco, sin embargo, terminó dejándolo. Él no lo abrazó, pero bajó el arma. Isaac siguió llorando ahí. Balbuceaba. Pedía perdón a Tulio; otras veces a Marian y, aunque poco, también le pedía perdón a su madre.

Tulio lo recostó. Sobre sus labios puso migajas de pan y queso. Isaac trataba de masticar, pero le era difícil incluso beber agua. Su piel hervía de fiebre. Murmuraba entre la consciencia y el sueño. Movía los ojos debajo de los párpados y se quejaba. Tulio le acarició la frente.

La antorcha iluminaba la sala. Y el silencio los rodeaba.

Él lo sabía, así como lo saben los animales, sabía que iba a morir. Le reconfortaba el hecho de

que Tulio lo recibiera de esa manera, que se esforzara por alimentarlo, aunque él ya no quisiera comer nada. El hambre se había ido junto con la sed. También el dolor era una sensación que iba quedando detrás. En cambio, otra sensación llegaba; la de ir cayendo, la de sentirse suspendido o caer hacia arriba. Encontró cierta gracia en sentirse así cuando estaba debajo de las calles de la ciudad. Sonrió, pero no supo si Tulio podía verle la sonrisa. Como fuera, sonrió también para Tulio, para que él viera que estaba en paz; para que no se fuera a sentir mal por su muerte. La muerte venía así para él, tranquila. A pesar de sentir culpa, pensaba que había hecho todo lo humanamente posible, y que ahora el fin llegaba como un consuelo, no como un castigo. Sería el cansancio de tanto dolor el que le dio el pretexto para sentirse bien consigo mismo. Sería el cansancio lo que le dio la tranquilidad.

“Ah, era eso”, pensó. Quiso hablar y contarle a Tulio, quiso decirle que ya recordaba las palabras de su madre. “Cuida a tu hermana. Cuida a Marian”.

Tulio lo vio fijamente. Presenció el último suspiro y la sonrisa en el rostro de Isaac. Se quedó otro rato viéndolo. Lo acomodó. Le puso las manos en el pecho y enderezó la cabeza. Puso sobre el rostro una tela limpia y a los lados del cuerpo dejó la comida que había comprado.

Se levantó. Guardó la daga en su pantalón y volteó otra vez hacia Isaac.

“Ojalá hubiera leña para hacerle una fogata”.

Luego comenzó a caminar.

La luz lo encandiló cuando se acercó a la salida. Habían pasado dos días sin salir del lugar y ahora la luz le dolía en los ojos. Atravesó la reja y trató de acostumbrarse al brillo del día. Y cuando pudo ver mejor, se dio cuenta de que frente a él estaba Colín, sonriéndole.

Capítulo 8. Domadores de salvajes.

Valyka estaba parada frente a Beila; las dos calladas y serias. El bosque parecía inmerso en un ambiente de ritual. Rey se sentó en un tronco desde donde las veía. Valyka extendió su brazo. En la otra mano tenía una piedra afilada con la que cortaría su piel.

Horas antes, en la madrugada, Beila se levantó y supo que era la única despierta. Caminó hacia Valyka. Lentamente se acercó y le susurró en el oído.

—¿Puedo acostarme contigo?

Valyka le dijo que sí entre sueños, y se movió un poco para hacerle espacio en la manta. Abrió los ojos cuando Beila la abrazó, cuando sintió el pecho de su amiga pegado a su espalda. Luego escuchó el sollozo de Beila, un llorar despacio, tímido.

—Ya no quiero estar aquí —dijo Beila. Valyka le tomó la mano—. Quiero ser como tú —susurró antes de caer dormida.

Por eso, cuando despertaron, Valyka le dijo que la ayudaría a dominar el Monte Aldebarán. Le indicó que fuera al río y se lavara el cuerpo. Como todos tenían hambre preparó una infusión con una mínima parte del hongo Cima de la Montaña y todos bebieron. Les llenó de ánimo y aquella bebida fue para ellos un descanso y un alivio.

Valyka fue a buscar la piedra con filo. Luego, cuando regresó, le dijo a Beila que se parara delante de ella.

—Los adeptus estudian y entrenan juntos porque el favor de los dioses y de los espíritus los rodean. Ahí donde hay más de dos, los dioses se juntan y celebran. Tú eres una adeptus y Monte Aldebarán te ha elegido. Pero no entrenarás como ellos. Lo harás solamente conmigo.

Con la piedra afilada comenzó a cortar a lo largo en su antebrazo. Beila observó la tibia sangre que salía. Valyka le hizo una señal para que se hincara. Las gotas seguían cayendo. El rostro de Beila quedó hacia arriba como de quien pide.

—Bébela.

Beila acercó su boca a las gotas de sangre. Cayeron sobre sus labios, escurrieron en su delicado mentón. Rey observaba callado e inmóvil. La niña tragó saliva y sangre y cerró los ojos. Algo se movió en su interior. Era cálido, casi tanto como para comenzarle a quemar, pero no le dolió. Sintió que un relámpago le recorría todo el cuerpo. Estuvo ajena de la realidad. No supo por un segundo en dónde estaba, y no le interesó. Sintió que estaba en todas partes al mismo tiempo. Algo había recibido de aquella sangre y una sed interior estuvo saciada.

Cuando abrió los ojos tuvo una certeza rondando en sus pensamientos: estaba siendo observada por ojos invisibles. Ahora sus acciones estaban siendo juzgadas por entidades desconocidas, pero de las que era consciente.

—Fuiste elegida, Beila. Eres la única en este mundo que podrá invocar al Monte Aldebarán. Los espíritus no se equivocan.

Le dio la mano y Beila le correspondió.

—El bisonte no duda —dijo Valyka.

Beila asintió. Su expresión fue firme y su mirada convencida.

Mientras Valyka se lavaba en el río y limpiaba su herida, que ya casi era una cicatriz, pensó

en Eron. Recordó aquella batalla en donde ella consiguió el más poderoso de sus contratos, el Rex Oblibion, el espíritu del orgullo.

Ella y su grupo habían llegado hasta la cima de aquella montaña de nieve. No llevó un equipo numeroso porque hubieran tardado meses en subir. Sólo iba Eron, el anciano Mefisto, que siempre la acompañó, y su grupo personal de guerreros.

Las historias de esa zona no hablaban de criaturas o monstruos. Era lógico porque, según la leyenda, ahí quedaba el último nido de dragón. Las criaturas inferiores evitarían ese lugar por puro instinto. Aun así, Valyka era lo suficientemente centrada como para saber que nunca se debe caminar solo en lo desconocido. Lo que ahuyentaba a la mayoría de cazadores o mercenarios, más allá de la historia sobre el último dragón, eran las condiciones de clima y la geografía del lugar. Para un humano común, por más entrenamiento que tuviese, si no contaba con contratos espirituales y el refuerzo de los dioses, le hubiera sido imposible llegar a donde el grupo de Valyka ya pisaba.

Ninguno había sido herido. Ninguno se veía agotado o temeroso. Al contrario, en el rostro de todos, incluso en el del anciano Mefisto, reinaba una sonrisa. La Cima de Gaya era la montaña más alta del mundo conocido. Incluso había historias asegurando que ahí era la entrada al reino de los dioses, y que aquel dragón no era más que un viejo dios castigado por Él para que cuidara dicha entrada por el resto de la eternidad. Valyka sabía que sólo podía conseguir un contrato más porque a su cuerpo ya le costaba soportar el peso de seis espíritus protectores. Pensó que había espacio para uno más. Y, por supuesto, pensó en aquel dragón, en Rex Oblibion para coronar su poder.

Desde lo alto de la Cima de Gaya sonó un rugido. No sólo tembló la tierra, sino que también lo hizo el cielo. Una furiosa avalancha venía hacia ellos. Mefisto tomó del brazo a Valyka y preparó un conjuro que lo haría saltar, pero con el que sólo podría salvar a Valyka, dejando al resto. Ella le lanzó una mirada amenazante, haciéndole entender que lo último que haría sería dejar a los demás atrás, pero el viejo siguió preparando el conjuro. Los demás guerreros clavaron sus armas al suelo y cada quien invocó a su espíritu protector. Entonces Eron dio un paso adelante. Volteó hacia atrás sonriendo. Las toneladas de nieve estaban casi sobre ellos.

—¡Monte Aldebarán! —gritó Eron.

Se prepararon para el golpe, pero se sorprendieron cuando la nieve no los tocó. El ruido era ensordecedor. Miraron al frente y vieron a Eron con su pesada espada clavada en el suelo y la avalancha chocando contra una fuerza invisible, pasando por sus lados, por arriba, sin tocar a ninguno. La espalda del guerrero parecía la de un bisonte. El impulso lo arrastraba centímetros hacia atrás, pero él aguantaba y no parecía sufrir por el esfuerzo, en cambio, miraba serio al enemigo que tenía en frente.

Por un momento a Valyka dejó de importarle en dónde estaba o si corrían peligro. Ella confiaba en aquella espalda, y supo que Eron no caería ante una avalancha o ante una montaña completa. Así le gustaba recordarlo. Así le gustaba revivirlo en su mente.

Volvió a la realidad cuando Rey se acercó al río.

—Tenemos que conseguir algo más para comer —dijo a Valyka cuando ella salía del agua y comenzaba a vestirse.

En ese momento, pero en la ciudad, Tulio estaba amarrado de las muñecas, alzado sobre el

suelo, en un cuarto pequeño y oscuro. Tenía el rostro hinchado; un ojo totalmente cerrado y los labios sangrando. Colín sostenía un leño con marcas de sangre.

—¿Dónde está el tesoro de la lagartija?

Tulio elevó su mirada y negó con la cabeza. Entonces Colín le dio otro golpe en las costillas. Frustrado aventó su arma y se puso a caminar en círculos. Tras un rato fue llamado por el jefe.

Fue hasta aquella habitación y lo dejaron pasar sin problemas. Adentro había dos mujeres desnudas, adormiladas sobre los cojines y el hombre al que buscaba fumaba también desnudo.

—¿Cómo vas con eso? —le preguntó a Colín cuando entró.

—Dice que no hay nada. Que fue una trampa para Isaac.

—¿Y dónde está ese Isaac?

—No lo encontramos. Estará muerto.

El hombre desvió la mirada. Fumó otra vez y se levantó para ponerse los pantalones. Toda la zona conocía el nombre de Trévor, pero siempre era llamado “el jefe”. Dominaba la región gracias a las drogas que compraba en las tribus salvajes del sur y que vendía a los soldados del ejército. Hacía uso del privilegio heredado por su madre quien pertenecía a las tribus salvajes y que fue esclava de su padre. Fue por eso que cuando Trévor nació, fue marcado por su madre con el símbolo de la tribu; una herida a cuchillo en las costillas en forma de cruz.

Su madre huyó con él cuando era un bebé y atravesaron las tierras de los hombres para entrar en tierras de los salvajes. Ahí fue educado por su madre y lograron escapar cuando el reino comenzó una cruzada contra todos los pueblos no reconocidos. La tribu desapareció y los sobrevivientes se refugiaron en un complejo de cuevas. Sólo Trévor conocía el camino, y cuando creció volvió al reino en donde vivía su padre, un noble de título modesto que, en memoria de su madre, le permitió quedarse en casa como un trabajador más.

Algunos dijeron que la muerte del padre de Trévor fue por envenenamiento; otros dicen que fue por vejez, pero cuando falleció, prefirió no dejar heredero a dejarlo todo en manos del hijo de una esclava.

Para ese momento Trévor ya había robado una pequeña fortuna antes de que todo volviera al reino, y fue a instalarse en unos establos que compró en la zona más pobre de la ciudad.

Una vez que se instaló y que comenzó a criar caballos como negocio, no se olvidó su origen y llevó comida y animales a las montañas, a los sobrevivientes de su tribu. Fue entonces que encontró el trabajo que lo convertiría en “el jefe”.

Cuando cumplió veinte años le dieron a probar una hierba en su tribu. Vio la manera en la que la preparaban y le contaron historias sobre cómo ayudaba a los guerreros cuando ya no tenían fuerzas. Supo que estaba ante dos caminos: hacerse adicto a la hierba o usarla para conseguir poder.

Todos se extrañaron una vez que trajo consigo a seis mujeres, todas ellas de la tribu. Entonces comenzó a invitar a los soldados de las murallas para darles de la hierba y para que yacieran con aquellas mujeres. Cuando ellas estuvieron embarazadas, las llevó de nuevo a las montañas y trajo a más. La cruzada en contra de los herejes había dejado a su tribu sin guerreros, y los hombres que quedaban eran familiares cercanos de las mujeres o ancianos que ya no tenían la vitalidad para tener hijos.

Trévor el bastardo pronto se convirtió en “el jefe”, y trajo a los barrios de la ciudad placeres y hierbas desconocidas. Fueron dejando de usar su nombre. Incluso él tardaba en reaccionar cuando algún viejo conocido le hablaba de esa manera. Y de la tribu ya no volvió a traer mujeres luego de unos años. Y no volvió a ir a las montañas.

Él y Colín entraron en la habitación donde tenían a Tulio. Levantaron el rostro del capturado para que viera al jefe cuando le hablara.

—¿Tienes sed?

Tulio asintió. Salía sangre de su boca.

El jefe hizo una señal para que le dieran agua. Tulio tomó desesperado, ahogándose, hasta que le retiraron la jarra de la boca.

—¿Mejor? —preguntó Trévor.

—Ya les dije que no hay tesoro —contestó Tulio con la voz ronca.

El jefe se decepcionó con la respuesta. Volteó a ver a Colín, quien estaba recargado en el rincón. Luego se dirigió a Tulio

—Míralo, mira a ése. ¿Él te ha pegado mucho? ¿No quieres vengarte? Si me dices dónde hay más piedras preciosas le cortamos un dedo a Colón, o dos dedos, si quieres. Puedes cortárselos tú.

Colín se quedó congelado ante las palabras del jefe. Los demás voltearon a verlo y él quedó expuesto ante todas las miradas. Vio que Trévor decía la verdad. Incluso Tulio tenía sus ojos sobre él. Rio nervioso y dejó de recargarse. Rápidamente fue hacia la puerta para salir de ahí.

—Mírame —dijo Trévor a Tulio—, dicen que le tendiste una trampa a tu amigo. ¿Lo mataste? Lo mataste tú. Se te ve la muerte en los ojos. Ya has visto a la muerte. Y qué bueno, así se crece más rápido. Lo que me gusta de ti es que hayas puesto una trampa para vengarte. No todos son buenos con la venganza. Unos exageran y quieren que todo el mundo los vea; otros se aburren de la venganza apenas comienzan. La verdadera venganza es un trabajo cansado. Nos tiene en vela. Nos quita la fuerza. Pero tú pensaste. Y ahora tienes la oportunidad de pensar más y vivir mucho tiempo. Te ofrezco trabajo. Dime cómo consiguieron esa piedra y nunca vas a volver a sentir hambre o sed. Dime cómo la consiguieron, chico.

Tulio escuchó atentamente cada palabra. A pesar de su condición, su mente estaba llena de pensamientos claros y el dolor no intervenía en la manera que veía el mundo. Tenía claro lo que quería y en ese momento pensaba cómo conseguirlo.

—Ella... —susurró. Trévor se acercó para escuchar mejor—. Ella puede conseguir las.

—¿Quién, chico? ¿Quién puede conseguir las perlas?

—No está aquí. No sé cómo lo hizo, pero ella la consiguió.

Trévor estaba ansioso.

—¿Cómo se llama? ¿En dónde está?

—Ella las puede conseguir. Amelia, la niña que vino conmigo. Sólo ella pudo.

Trévor se llevó la mano al rostro. Se tronó los huesos del cuello y de los hombros.

—Colín...

—No está, jefe.

—¡Colín! —gritó histérico.

Se giró y empujó a uno de los suyos para pasar. Abrió la puerta con una patada y caminó mirando hacia todas partes, gritando el mismo nombre.

—¡Colín! ¿Dónde estás, Colín?

“Voy a matarte, estúpido de mierda”, pensó Trévor y puso a todos a buscarlo.

Después de unas horas lo encontraron cerca de los baños públicos. Lo trajeron a la fuerza sin contestarle por qué. Lo llevaron hasta la habitación de Trévor. Los guardias salieron y cerraron por afuera.

—Siéntate —dijo Trévor.

—¿Qué hice?

El jefe señaló una silla de madera en medio del cuarto. Colín se sentó.

—¿Vendiste a la niña que venía con él?

—Tú me dijiste... —contestó Colín, pero Trévor lo golpeó en la cara con una cuarta para caballos.

Las marcas rojas y los puntos de sangre comenzaron a salir en la cara de Colín.

—¿La vendiste antes de preguntar cómo conseguían las piedras esos niños?

Colín lo veía. Apretó la quijada y los labios. Asintió.

—Ah, muy bien —dijo Trévor como si lo felicitara, y después volvió a azotarlo.

Colín se retorció de dolor.

—Te mintió —pudo decir el chico.

—¿Qué? —preguntó Trévor.

—Te mintió.

—Bueno, pero eso es lo que tú dices, no lo que él dice. Y yo no tengo manera de saberlo. Ahora, ¿qué vamos a hacer?

Colín escupió sangre.

—Puedo ir a comprarla otra vez.

—Bueno, eso va a ser difícil porque ese grupo era una entrega especial... Lo único en lo que estoy pensando es en que, si es cierto lo que dijo ese niño, me hiciste perder una fortuna, Colín. Todos ustedes tienen una deuda conmigo y la tuya creo que ahora es la más grande de todas. Y si no te castigo como debo, no voy a sentirme bien en mucho tiempo.

Seguía temblando. Colín no podía ver a Trévor a los ojos. Usó la entereza que le quedaba para hacer una pregunta.

—¿Entonces quién va a ir por ella? —preguntó Colín.

—Definitivamente tú no. No vas a poder ni caminar. Arrodíllate.

El muchacho tardó en reaccionar. Luego lo hizo despacio, tratando de guardar la calma todo lo que pudo.

—Bien —dijo Trévor—. Ya podemos comenzar.

Capítulo 9. Siempre hay un cazador al acecho.

Rey sabía que Tulio no tenía otro lugar al que pudiera ir. Sabía que lo encontraría en las cloacas, en esa segunda guarida que descubrieron juntos. Sin embargo, algo en él no quería volver a ese sitio, no quería siquiera llegar a la entrada de las cloacas. Sabía que iba a tener que discutir con Tulio y eso le molestaba. Y como quiso retrasar ese momento, le dijo a Beila que fueran primero al basurero a buscar telas para cubrirse los rostros: no quería que los reconocieran los soldados.

Avanzaron en las calles cobijados por la noche. Ya no se veían niños ni mujeres, sólo hombres deambulando, entrando y saliendo de las tabernas. Entonces llegaron a unas escaleras que bajaban hacia el laberinto de callejones y después a la reja metálica de las cloacas.

Caminaron despacio en la oscuridad de aquellos túneles, siempre de la mano, Rey por delante, con el camino claro en la memoria. Las gotas de agua seguían cayendo invisibles en su interminable tarea, como fantasmas. El andar se volvía más difícil conforme bajaban. Las paredes se volvieron de roca irregular, los escalones eran resbaladizos.

Cuando llegaron a la entrada de la guarida Beila tuvo un mal presentimiento. Apretó la mano de Rey. Vino hacia ellos un olor nauseabundo. Sus miradas se encontraron en la oscuridad. Beila estaba asustada, pero la mano de Rey le recordaba que seguía a alguien digno de seguir, que podía confiar en él. Sin embargo, ella sabía que delante de ellos esperaba la muerte. Lo supo muy bien y trató de decírselo a Rey con su mirada. Él, por su parte, le mantuvo la mirada, tranquilo. La conocía tanto como para darse cuenta de todo lo que querían decirle aquellos ojos. Podía ver a través de ella y llegar a contemplar claramente su miedo, sus preocupaciones, los pensamientos que intentaba ocultar, lo que le dolía y lo que anhelaba. No en vano fueron los fundadores de su pequeña banda.

Rey le apretó la mano. Él también percibía la muerte cerca. Él mejor que muchos podía sentirla. Pero tenían que entrar. Sin soltarla dio el primer paso. Entraron y caminaron despacio, casi pegados a la pared.

—Aquí está la antorcha. Préndela —pidió Rey y puso la mano de Beila sobre el palo de madera.

Ella chocó dos piedras pequeñas y las chispas hicieron fuego.

Los dos tenían la mirada en el mismo punto cuando las llamas iluminaron la sala. Rey miraba como si ya lo supiera todo, como si hubiera visto el cadáver de un amigo sobre el suelo muchas veces antes. Beila volvió a darle la mano. Ella dejó salir lágrimas discretas, sin histeria ni gritos, sólo lágrimas.

Así duraron unos minutos hasta que Rey soltó la mano de Beila y avanzó. Se arrodilló a un lado del cuerpo y le apartó el cabello de la frente. Isaac tenía los ojos cerrados y las manos juntas, sobre el pecho. En su rostro había paz. Beila se sentó a un lado de Rey. Puso la mano sobre las manos muertas de Isaac. Entones sollozó, pero se tapó la boca para que el llanto no saliera fuerte, como si no quisiera destruir el silencio.

—Yo sé por qué lo hiciste —dijo Rey a su amigo muerto—. Yo hubiera hecho lo mismo.

Beila se recomponía del llanto. Se acercó a Isaac como si fuera a decirle algo, pero no habló. Cerró los ojos ella también y se quedó así un momento. Luego se separó y miró a Rey.

—Lo mató Tulio —dijo él.

—¿Qué vamos a hacer con Isaac?

—Dejarlo aquí. No podemos sacarlo, y yo quiero que descansa en una de nuestras guaridas. Es lo mejor.

—¿Y con Tulio?

—Vamos a buscarlo —dijo con rabia

Valyka saltó de un tejado a otro. Los hombres que platicaban debajo de las antorchas no sabían que sobre sus cabezas pasaba una niña con la agilidad y el silencio de un gato. Sus ojos brillaban amarillos en la oscuridad. Atenta percibía los sonidos y elevaba su nariz para tratar de encontrar lo que buscaba.

Esa tarde en el bosque, Valyka le dijo a Rey que era hora de partir. Que comenzarían los rumores e irían los guardias a buscarlos, pero que, antes de partir, necesitaban herramientas para el viaje.

—¿Y de dónde las sacamos? —preguntó Rey.

Valyka reflexionó un poco antes de contestar. Empezó a hablar como si tratara de convencerse a sí misma de que estaba en lo correcto.

—No hay otra forma. Vamos a robar sólo lo que necesitamos.

Decidieron que Beila y Rey irían a buscar y a convencer a Tulio de regresar con ellos y que Valyka se encargaría de conseguir algo de lo que necesitaban para el viaje.

Buscó en las bodegas de las afueras, pero ahí no guardaban lo que su grupo necesitaba: era común que esos almacenes los usaran para equipo de caballos, carros de transporte, arado o ganadería. Ella estaba buscando utensilios para cocina, bolsas para viaje, pieles resistentes y herramientas de caza.

Se detuvo en uno de los tejados y miró hacia la ciudad. Había anochecido y el resplandor de las antorchas le daba un brillo naranja y rojo. La ciudad se elevaba conforme se iba al centro, al castillo, que a la distancia semejaba una corona. Supo que estaba en la zona equivocada para conseguir aquello para el viaje. Debía ir más arriba, más hacia el centro, en donde estaban las bodegas de las casas ricas. Por supuesto no debía pasar de cierta línea porque los guardias ya no serían sólo borrachos y viejos como en la periferia; éstos se convertían en cuerpos de élite: espadachines o conjuradores avanzados que podían poseer contratos y bendiciones. No le convenía pelear con nadie así por el momento porque, a pesar de que ella seguía teniendo la protección de siete espíritus, era su cuerpo el que no aguantaría una pelea contra un adeptus experimentado, no sin comer Cima de la Montaña y perderse en la ira.

Fue adentrándose con cuidado en zonas cada vez mejor alumbradas y más limpias. Podía escuchar de pronto el canto de un juglar que cantaba con voz bonita y que rasgaba el laúd armoniosamente.

Así llegó hasta una plaza. A esa hora no había nadie. La rodeaban tiendas de todo tipo. Era la primera vez que se adentraba en la ciudad desde que había despertado en ese cuerpo. Por eso se tomó el tiempo de caminar y ver con atención aquellas tiendas.

Félida Cata seguía activa. Valyka tenía los ojos gatunos y la nariz un poco más respingada. Era un rostro hermoso y elegante, así como los de los felinos pequeños. Se detuvo en una gran ventana. Del otro lado había libros con cubiertas de cuero y letras talladas en dorado. Se detuvo ahí, tocó con su palma el frío cristal y pudo ver un poco de su reflejo.

Imaginó que el anciano Mefisto hubiera sido feliz en esa tienda, que la habría ignorado

durante horas, aunque ella le hablara porque él estaría tan concentrado en los libros, hojeándolos, y que perdería la noción del tiempo. Valyka recordaba con asombro, incluso ahora, la capacidad de atención que podía poner aquel anciano, y, sobre todo, que jamás en su vida fue presa de ningún ataque sorpresa.

Mefisto fue la primera persona que habló con Valyka cuando descubrieron que los dioses tenían un amor especial por ella. “El amor no está exento de la crueldad”, le dijo una vez que ella preguntó a Mefisto por qué le habían pasado cosas malas si los dioses la amaban tanto. Desde aquellos tiempos, Mefisto ya era viejo. Valyka sonrió recordando todas las molestias que se tomó el anciano para enseñarle a leer. Y sobre todo aquella vez, aquella primera prueba de las muchas que le puso su maestro.

Por aquellos tiempos, Mefisto se dio cuenta que era imposible que la pequeña Valyka se concentrara por más de diez minutos en sus estudios. Ella todavía no sabía escribir con fluidez y para leer tenía que deletrear. Además, soltaba la pluma apenas había comenzado a escribir su nombre. Por eso, uno de esos días, Mefisto la llevó al jardín del palacio en el que siempre paseaban. Caminaron y el anciano, como era su costumbre, contestaba las preguntas de Valyka mientras seguía leyendo el libro que trajera en la mano. Era un paseo como cualquier otro hasta que Mefisto cerró el libro y se detuvo. Tenía la mirada fija hacia adelante. Valyka buscó aquellos ojos en busca de una explicación, pero el anciano no parpadeaba siquiera.

Apenas ella lo tocó, Mefisto se transformó en miles de mariposas que se fueron volando hacia el cielo. Entonces Valyka notó que su alrededor era un lugar desconocido y que no tenía la menor idea de dónde estaba. Seguía siendo aquello un jardín, pero el suelo, las enredaderas que colgaban como cortinas, la ausencia del castillo, todo le indicaba que era un sitio en el que no había estado jamás.

Entró en pánico y corrió gritando el nombre de su maestro. Parecía que en ese pequeño mundo de flores y enredaderas el único sonido que existía era el de su voz. Cambiaba de rumbo cuando no encontraba la salida, pero volvía a pasar lo mismo y lo intentaba de nuevo, hacia otra parte.

Aunque el cielo no oscurecía, aunque el sol seguía inexplicablemente en la misma posición, sabía que habían pasado horas desde que comenzó a correr. Se sentó, fatigada, tratando de recuperar el aliento. Entonces escuchó la voz de Mefisto adentro de su cabeza.

“Está atrapada. Busque con cuidado. Hay pistas por todas partes. Busque como un gato”.

Valyka escuchó atenta, se quedó viendo a la nada, perdida en sus pensamientos. Era cierto. En su histeria no había invocado nada porque antes que ella necesitara hacerlo siempre había alguien que la ayudaba. Desde que la habían traído al castillo y desde que el rey le diera su bendición, nombrándola la Santa, no tenía que esforzarse nada más que en sus entrenamientos, actividad que realizaba como si se trataran de juegos. Pero ahora que estaba en una situación peligrosa y que no sabía si había alguien que pudiera ayudarla, las palabras de Mefisto fueron para ella como una revelación profunda, como un aprendizaje del que ya en ese momento era consciente que le duraría toda la vida.

Su expresión cambió y fue más seria. Tomó aire y se sentó como si fuera a meditar. Estuvo en silencio unos minutos, controlando su respiración, hasta que dijo en un murmullo: “Félida Cata”. La luz se volvió gris para ella. El relieve de los objetos fue más claro, y aparecieron marcas en el viento que dejaban los perfumes de las flores y otros olores, entre ellos, el de Mefisto.

Pudo ver el recorrido del olor. Pudo ver la silueta del anciano agachado en un rosál, donde se detuvo unos segundos. Cuando buscó entre la hierba y la tierra encontró una tablilla con una

palabra escrita.

“S-A-L-T-A”.

Valyka pudo leerlo tras deletrearlo en voz alta y saltó para ver si algo cambiaba, pero todo quedó como estaba. Sin embargo, pensó con emoción, el recorrido de Mefisto en aquel jardín todavía no terminaba.

Siguió las huellas, el olor, los pasos marcados sobre la tierra húmeda.

“L-A-S-A-N-T-A”, decía la siguiente tablilla.

Cuando creyó que había perdido el rastro, volvió sobre sus pasos y comenzó de nuevo, repasando con atención, emocionada, olvidando el miedo y la fatiga.

“L-A-C-U-E-R-D-A”.

Al final de las pistas había una sogá café. Medía casi dos metros. Valyka puso en sus manos todas las tablillas y repasó: “Salta, la Santa, la cuerda”. Eso era, saltar la cuerda era necesario para salir del jardín y volver a su hogar, para volver a estudiar con Mefisto.

Valyka preparó la sogá para saltarla como lo hacía en sus juegos. Tomó cada extremo con sus manos y se preparó. Saltó y la sogá pasó debajo de sus pies. Entonces, tras volver a pasar la sogá delante de sus ojos, el entorno cambió, como si alguien bajara un telón cambiando la realidad.

Sus pies tocaron el suelo; frente a ella, Mefisto, quien tenía su libro debajo del brazo y aplaudió con una mano sobre la otra, viéndola orgulloso.

“¿Qué pensaría Mefisto si me viera aquí, en frente de una librería, tratando de robarle a algún rico? ¿Qué me dirías, querido Mefisto, si te dijera que voy a destruir el mundo que idolatra a los dioses, tú que eras siempre tan perfecto en cuanto a su culto se trataba?”.

Escuchó pasos. Supo que era una patrulla de guardias. Buscó un callejón y trepó la pared para llegar al mundo de los tejados y la luna. Sin más desvío fue hacia las casas más ostentosas de la zona y encontró pronto una casa grande, que abarcaba toda una manzana y que no parecía tener tantos guardias vigilando.

Llegó a ese techo, pisando con mucho cuidado las tejas de barro para que no se despegaran e hicieran ruido. Hacia el centro de la construcción se veía un jardín iluminado por antorchas que iban y venían. Así supo Valyka que por lo menos dos guardias caminaban en círculos, lentamente, y que para bajar tendría que buscar ese punto intermedio entre las dos luces en donde la oscuridad era necesaria para esconderla. Sin embargo, ella no sabía hacia a dónde miraban los guardias, por eso dijo: “Valiria Alza”, y esperó un momento.

Un halcón batió sus alas en el cielo, sobre la casa, y bajó en picada. Aterrizó abruptamente en las ramas de uno de los árboles y ahí lanzó un chillido. Los hombres se quedaron impresionados ante el animal. Se sonrieron el uno al otro y luego se acercaron. Valyka corrió y dio un salto al segundo piso. Su aterrizaje fue tan silencioso como si sólo el viento hubiera caído ahí.

El halcón abrió las alas y chilló de nuevo. Se elevó tirando hojas del árbol en su aleteo y se fue así como había llegado. Los guardias se sonrieron otra vez antes de ponerse a patrullar como debían hacerlo durante toda la noche.

Valyka abrió la primera puerta que tuvo a su alcance. Se metió en la habitación y pudo ver perfectamente en la oscuridad. Era una sala de estar, con lujosos cuadros en las paredes, sillones que olían a fino cuero y una chimenea que no parecía haberse usado en un buen tiempo. Se incorporó y fue mirando a detalle los estantes y las pequeñas mesas para ver si había algo de utilidad. Encontró un caballo de plata, del tamaño de un puño. Lo agarró para inspeccionarlo. Era pesado. Podría comprar todo lo que necesitaba si vendía esa pieza en el mercado de las afueras, pero sabía que la atención estaría de nuevo sobre ella y que le podría traer problemas. La dejó en

su lugar y siguió buscando.

Al paso de los minutos supo que nada ahí podía servirle y fue a otra habitación contigua a la sala. Esta parecía una biblioteca. Valyka era docta en cultura y lenguas y supo que, si encontraba el libro adecuado, también podría costearse todo un viaje con el dinero obtenido. Era un lujo tener tantos libros y algunos podrían valer lo que la mansión completa.

“Lo malo de los libros es que hay que saber a quién venderlos”.

Cuando iba a regresar se topó con una daga para cortar sobres del tamaño de una palma, de lujosa plata y punta afilada. La paseó entre sus dedos y se acostumbró pronto al equilibrio del peso. Sonrió y la guardó entre su ropa.

Tenía que bajar al primer piso si quería herramientas de cocina. Pero ahí era donde podría haber más personas. Pensó que, en el peor de los casos, podía escapar con Valiria Alza. Así que buscó la oportunidad para bajar por unas escaleras, siempre en la sombra y siempre atenta a la mirada de los guardias.

Reconoció el olor a especies. Debía ser esa puerta. Entró. Ante ella estaba la alacena. Sonrió y uno de sus colmillos se asomó entre sus labios. Descolgó una bolsa de cuero y comenzó a echar cuchillos de distintos tamaños, cucharas de madera y de hierro, una cacerola que parecía de hierro y unos soportes para poner a colgar la cacerola sobre una fogata. Era perfecto, justo lo que necesitaba.

Cuando se dio la vuelta, escuchó pasos que definitivamente venían hacia ella.

Fue a esconderse detrás de unos estantes. Respiró profundo. Supo que no eran los pasos de los guardias. Este era un solo hombre, y la manera en la que caminaba no era la de alguien que busca para castigar, como lo haría un guardia, sino el de alguien con la curiosidad agresiva de haber sido invadido; definitivamente la actitud que tomaría un dueño que abre las puertas con la confianza de lo que le pertenece.

Valyka se concentró aún más. La oscuridad la abrazaba. Aunque la vieran de frente, nadie podría encontrarla porque estaba bajo la protección del espíritu que mejor se oculta y que mejor encuentra. Un hombre quedó parado justo delante de Valyka. Inspeccionó, pero no encontró algo que llamara su atención. Dio un paso atrás y buscó más bien de forma general. Sonrió decepcionado y fue hacia la puerta. Valyka respiró aliviada. Pero en cuanto escuchó la primera palabra que aquel hombre dijo en voz alta supo que tenía que huir.

—Sepiros Sertude —dijo el hombre y volteó hacia la oscuridad con las pupilas de un reptil.

Capítulo 10. Lo que se consume, se eleva.

Cuando vio al hombre invocando el contrato espiritual enfrente de ella supo que no tenía más opción que pelear. Valyka enseñó los colmillos como si fuera una bestia acorralada. Luego saltó con dirección hacia la puerta, tumbando todo a su paso. Pero el hombre se interpuso en su camino, lanzando un golpe, un zarpazo que ella esquivó por poco.

Ella regresó al suelo. Estaba en guardia. Con sus sentidos felinos examinó distintas formas de salir de la bodega porque los guardias se habían plantado en la puerta, cada uno con su arma. Retrocedió lentamente mientras buscaba más opciones. Tocaba los objetos que tenía a la mano para ver si podían servir como armas. El hombre, quien tenía una daga, avanzó. Sus ojos brillaron en un color verde esmeralda.

—¿Quién eres, ladrona, y por qué sabes usar eso?

Valyka topó con la pared. Los otros guardias tenían sus lanzas como trincheras en la puerta. Buscó en su bolsillo Cima de la Montaña y pensó que no tenía más opción que dejarse poseer por aquella droga, por la fuerza que le daba a pesar de la locura.

—¿Es Félida Cata? —preguntó el hombre del contrato espiritual y se detuvo—. ¿Estás usando el Félida Cata?

Valyka no contestó, pero también se quedó inmóvil.

El hombre sonrió como si se encontrara, de pronto, con algo familiar.

—Es Félida Cata —dijo para convencerse de lo que veía.

Valyka siguió mirándolo con desconfianza, aunque el hombre había bajado su arma e hizo una señal a los guardias para que retrocedieran.

—Me llamo Abel. No voy a hacerte daño, pero quiero saber quién eres.

Él era alto y delgado. Poseía un porte educado, como de quien ha nacido con privilegios y no es pretencioso a pesar de las riquezas. No pasaba de los treinta años y, aunque tenía barba corta y ojos tenaces, poseía ese asombro genuino de la juventud.

—Conocí a alguien que tenía ese contrato antes que tú —continuó diciendo.

Valyka bajó las manos y ocultó sus colmillos. Lo miró fijamente, tratando de recordar.

Estaban en un comedor iluminado con preciosos candiles y largas velas. Todo a su alrededor era de plata o de oro. Incluso los muebles estaban hechos de tan fina madera que parecía metal. Los dos sirvientes que habían traído comida y vino hicieron una reverencia y salieron cerrando la puerta.

—¿Tienes hambre? —preguntó Abel señalando el plato de comida con su mirada. Valyka le respondió sólo con la mirada fija. Él entendió—. Mi nombre completo es Abel Far Velhim. ¿Desde cuándo puedes utilizar el Félida Cata?

—¿Por qué lo conoces tú? —preguntó Valyka.

—A todos los que fuimos instruidos por adeptus nos enseñan los Siete Grandes Espíritus de Valyka la Santa, pero no todos los recuerdan. Podría nombrar a muchos compañeros que no sabrían diferenciar entre Félida Cata y Melino Astareus —dijo sonriendo—. Yo los conozco bien porque sé todo sobre la Santa. Claro, tanto como pueda saber alguien que no fue cercano a ella.

Valyka preguntaba con su mirada. Seguía alerta. Abel tomó un trago de su copa de vino y

luego continuó.

—Yo la conocí, pero ella no me conoció a mí. Mi padre fue uno de los primeros comerciantes que hubo entre Lutero y Aro. No seguí su camino de oficio y digamos que sólo me dedico a gastar su fortuna. —Hizo una pausa. Miró perdido en sus recuerdos—. Él murió en un ataque a la provincia de Aro, en Húlser, un pequeño pueblo al oeste de la capital. Fue en uno de los ataques del ejército del dios Aranel. No culpo a la Santa, pero fue poco antes de que ella ahuyentara al ejército—. Dio un suspiro—. Desde que escuché sobre la Santa me obsesioné con ella. Sobre todo, por su pasado, o lo que dice la gente que es su pasado. Nacer en la miseria, que su padre escondiera su título por haber perdido a su esposa en la guerra, y luego que siendo una niña se convirtiera en el centro de atención del mundo, de los dioses y de los reyes... Uno esperaría que cualquiera en su lugar se volviera loco o que desapareciera o que se adueñara del reino que pisase, pero ella no lo hizo. Luchó contra un dios. Contra un dios. Puede que no sepas mucho, pero Férida Cata fue el primer contrato que tuvo la Santa y dicen que era el más amado para ella. Supongo que los espíritus no tardan mucho en buscar otro humano para habitar cuando su dueño muere.

Valyka intervino.

—¿Cómo murió ella?

—Volví a Lutero cuando supe que había muerto en el volcán Erus. Justo en la casa del dios Aranel. Ningún humano había llegado tan lejos. Era claro que moriría. Sólo el rey y ella creían que podían ganar, pero no tuvo miedo. Cuando llegó la noticia de su muerte, más bien, cuando su ejército no volvió, todos en el reino supimos que debíamos huir. Fue cuando comencé mi camino hacia el sur.

—¿Qué pasó con el reino?

—Dicen los últimos que salieron que el fuego iluminaba el cielo y que la ceniza los acompañó durante siete días en el camino de huida.

Esas palabras fueron para ella una verdad que quiso evitar a toda costa, y que, sin embargo, buscó desesperadamente. Miró al suelo. Escuchar lo que imaginó tantas veces le quebró algo por dentro, una frágil esperanza que mantuvo como si fuera una flama en medio de la tormenta. Cerró los ojos y respiró tranquila. Alzó la mirada y se encontró con la expresión seria de Abel: la expresión de quien tiene delante sí un misterio importante y oscuro.

—¿Por qué te afecta tanto?

—Gracias por la comida y por no traer a los guardias. Debo irme ya —dijo Valyka y se levantó de la silla—. No olvidaré jamás que fuiste amable conmigo, Abel.

Él se le quedó viendo un rato. Ella también. Una niña a las puertas de la adolescencia, de hermoso perfil y postura elegante, vestida así, pobremente, pero reflejando un porte noble digno de cualquier princesa. Él no olvidaría jamás lo que sintió al verla rodeada por la luz de la chimenea. No olvidaría en toda su vida que aquella mirada no parecía la de una niña de los barrios pobres. Sonrió para sí, triste. Entonces le sonrió a ella como lo haría un viejo amigo.

—Sé que el mundo y los dioses tienen preparado para ti un gran destino y que no soy más que un humilde hijo de mercaderes. Pero déjame grabar una huella, aunque sea un poco más profunda en tu historia. Te daré lo que necesitas, sólo tienes que decirme qué es. Por lo menos déjame hacer eso.

—¿Por qué lo harías? Vine a tu casa a robarte.

—Y agradezco a los dioses que no hayas ido a otra casa. Dime cómo te llamas.

Valyka sonrió y desvió la mirada. Él siguió hablando.

—Dicen mis guardias que había un halcón en el patio.

—Sí —dijo Valyka—, también lo vi.

—Bien —dijo Abel y se levantó de la silla para arrodillarse como un caballero ante Valyka—. Dígame cómo puedo ayudarla.

Cuando Valyka pretendía agradecer, su rostro cambió de expresión súbitamente. Tanto ella como Abel dirigieron su mirada hacia la misma dirección. Tuvieron el presentimiento de que algo maligno se acercaba e inundaba la ciudad, y ellos fueron como los marineros que observan las pesadas nubes acercándose. Los sirvientes los observaron para ver si comprendían por qué aquel movimiento. Pero ellos que no tenían contratos ni el favor de los dioses, así que no entendieron por qué aquellos dos salieron con una prisa de muerte del comedor.

En las afueras, adentro del Complejo, Trévor salió de su habitación luego de haber estado casi todo el día adentro con Colín. Los guardias se le quedaron viendo, atentos y firmes. Él también los observó y asintió a algo que sólo él comprendía. Se le veía cansado. Estaba salpicado de sangre. Cerró la puerta y algunos de los guardias pudieron ver, cuando la hoja de madera se cerraba, a Colín atado a la silla, con la cabeza echada hacia abajo sin fuerza, bañado en su propia sangre.

El muchacho seguía consciente. Para su desgracia lo había estado durante todo ese tiempo. El simple hecho de respirar era doloroso porque la carne lacerada se abría o rosaba con más carne. La sangre se secaba y lo mantenía en un caparazón delgado, rojo, reseco. Pese al dolor, respiraba tranquilo. Consiguió una tregua con el sufrimiento. En su mirada había una paz sin ilusiones. Despegó los labios y un aliento vino de la profundidad de su garganta.

—Gran Aranel —dijo en un susurro. No parpadeaba pese a la resequead de sus ojos y gotas de sangre escurrían de su cabello—. Mátaalo —dijo al final.

Toda luz en la habitación bajó de intensidad hasta que desapareció por completo. Colín no tuvo miedo. Vio delante de él unos pies descalzos, blancos y finos. Una mano se extendió hacia su rostro. Con un suave movimiento, los dedos de la mano tocaron su barbilla y la alzaron. Aranel nunca había escatimado en mostrar su verdadera belleza a los hombres, y ahora se presentaba ante Colín con ese rostro delineado, varonil y perfecto: ojos negros y expresión paciente, contemplativa. Se acercó al oído del martirizado y habló mirando hacia la nada.

—Mata a Tulio —dijo el dios.

No sólo un dios estuvo involucrado. Hubo otro que caminó entre los mortales antes de que el caos se desatara, momentos antes de que detonara la furia y el odio, esa ola que llamó la atención de todo cuanto podía percibir la voluntad de los dioses.

La diosa Agatha en su forma de anciana se detuvo ante la puerta de la habitación de una de las prostitutas. Los guardias tenían la mirada ida, como si estuvieran en un trance. Coordinados quitaron la tranca de la puerta y, tras ponerla en el suelo, se hincaron ante el paso de la anciana. Con su mano empujó suavemente la puerta y la recibió el hedor y la oscuridad.

Ahí dentro no había más que silencio cuando entró. Marian estaba hincada también. Igual que los otros parecía hipnotizada. Las manchas en su rostro eran más. El color púrpura había

avanzado y sólo un pequeño pedazo de piel estaba intacto. Sin embargo, aquellos ojos marrones seguían teniendo una peculiar luz, un encanto de adolescente bonita.

—¿Cuánto te han herido, pequeña? —dijo la diosa, acariciándola del rostro—. Levántate sana y acompáñalos porque es designio de Él, porque tu destino cambió cuando puse los ojos en ti y he hablado con el más grande de todos para que participes en la historia del mundo. Tú, que no has herido y que has sido herida. Tú que has pagado por una deuda que no era tuya. Tú que serás conocida por tu belleza y tu valentía. Levántate sana y acompáñalos, hija, que desde ahora mi aroma te acompaña y mi favor te bendice.

Marian, así en el trance en el que estaba, derramó una única lágrima y sobre la piel púrpura pareció una brillante joya.

Entonces el odio de otra habitación llegó como un vendaval.

Beila, en el otro extremo de la ciudad, también se sorprendió sintiendo un dolor que no era suyo, que venía de allá, de un lugar que no podía ver, pero que percibía perfectamente; aquello había sido como una explosión de dolor y de ira que le había golpeado de frente. Rey no sintió, pero supo que algo iba mal cuando vio la expresión de Beila.

Trévor llegó de la parte donde vivían y trabajaban las prostitutas. Aquel inesperado sentimiento que explotó, chocó contra él y lo desequilibró por un segundo. Se sujetó con la mano en la pared y, mientras trataba de comprender lo que había ocurrido, se forzó a regresar por donde había venido.

Fue directamente hacia su habitación y en el camino indicó a todo cuanto se topaba que lo siguiera. Al final tenía por lo menos a una veintena de jóvenes silenciosos y letales, listos para lo que fuera a ocurrir. Abrió la puerta de su habitación esperando encontrar a Colín ensangrentado, pero ya no estaba. La habitación había quedado impregnada por un aroma metálico y húmedo, como a sudor y a sangre.

—El niño —dijo Trévor y se volvió a abrir paso entre todos.

Corrió lo más rápido que su pesado cuerpo le permitió, y cuando llegó al cuarto donde tenían a Tulio, vio que Colín estaba por apuñalarlo. Colín parecía una de esas abominaciones de las que se hablaban en las leyendas, esos seres nacidos de un pozo de sangre y suciedad.

Trévor se lanzó hacia él y lo agarró para luego aventarlo hacia afuera, donde ya venían los demás. Colín rodó sobre la tierra.

—Mátalo —dijo Trévor.

En ese momento los demás fueron contra él para golpearlo, pero ninguno de ellos se imaginó que Colín pudiera levantarse y que, además, fuera tan veloz como para degollar en un instante al que tenía más cerca de sí. Todos se detuvieron un segundo. Trévor esperaba del otro lado. Entonces uno de la banda se armó de valor y gritó cuando se aventó hacia Colín, elevando su arma. Colín se quedó quieto hasta que aquél estuvo muy cerca y luego le escupió sangre en la cara, cegándolo, para luego atacar directamente en el cuello, degollándolo de un tajo. Los demás retrocedieron. Después de ser testigos de la fuerza del enemigo ninguno de ellos tuvo el valor y,

ante la mirada de su jefe, huyeron todos.

Colín los dejó ir y se giró hacia Trévor. El hombre supo que a Colín no sólo lo cobijaba la sangre, sino también el poder de un dios. Los supo con verle los ojos porque ya no eran más los de un muchacho o un rufián con hambre o siquiera los de un ser humano. En cuanto se supo en desventaja corrió hacia la puerta, pero Colín fue más rápido y lo empujó, haciendo que Trévor cayera a los pies de Tulio, quien veía todo amarrado aún.

El muchacho poseído seguía de pie. Trévor ardió de rabia y, como un animal sin más opciones, gritó y fue hacia Colín para tumbarlo. En el suelo forcejearon, se revolcaron y trataron de agarrarse las manos para someterse. Tulio, mientras tanto, buscó la manera de zafarse de las sogas. Estiró sus pies a ver si alcanzaba cualquier objeto con punta o una piedra, pero no había nada a su alcance. Comenzó a dejarse caer para ver si con su peso podía romper la vieja viga del techo a la que estaba amarrado, todo mientras seguía viendo la pelea desesperada de los dos que tenía en frente.

Colín vio la oportunidad de apuñalar a Trévor. Para ellos dos el tiempo corrió despacio. Trévor trató de hacerse a un lado, pero vio que era demasiado tarde, que no podría hacer nada. Entonces entró Valyka por la puerta con la agilidad de una bestia, convertida en ese híbrido de felino y humano. Y arremetió contra el primero que vio, que fue Trévor. Y mientras atacaba, volteó a ver a Tulio y se petrificó ante la expresión de su amigo. Él estaba tranquilo, como quien ya ha aceptado el destino de su vida y quien conoce lo que ocurrirá. Él la vio perdonándola de lo que había cometido sin saberlo. Movié la cabeza diciéndole a Valyka que no, que se había equivocado de enemigo, pero lo hizo con una especie de sonrisa en el rostro, como la de un padre que comprende y perdona.

Colín no dudó. Se levantó tan rápido como pudo, empuñó el cuchillo con las dos manos y corrió hacia Tulio. Valyka fue hacia Colín, pero él ya había encajado su cuchillo en el pecho del niño prisionero.

Valyka comenzó a negar con su cabeza. Trataba de entender lo que había ocurrido. Pensó en mil maneras en las que esto no terminara así, todas las posibilidades del mundo en un segundo estuvieron en su cabeza, pero la realidad fue absoluta y fatal. No llegó a tiempo. Se vio la mano, las garras y luego observó la espalda de Colín. Convirtió su mano en una lanza estirando sus dedos y atravesó a Colín por la espalda. Alguien tosió y escupió sangre. Valyka comenzó a derramar lágrimas, a pedir perdón balbuceando.

Trévor se levantó, se tocó las heridas del pecho y observó la escena. Gruñó con desprecio y, cuando quiso irse, un hombre lo sometió por la espalda. Era Abel quien poseía en ese momento el poder de Sepiros Sertude y le habló al oído.

—Voy a torturarte cien años, hijo de puta.

Valyka sacó el brazo del torso de Colín y éste cayó al suelo como un bulto, sacando el puñal del pecho de Tulio. El niño había muerto ya con aquella expresión tranquila y los ojos abiertos, mirando a Valyka. Ella se giró hacia Trévor y sus ojos de felino brillaron de furia, pero el jefe no temía, miraba con despecho.

—Rudeos Calina —dijo el jefe y ante la sorpresa de Abel y Valyka su cuerpo se transformó en decenas de ratas que caían unas arriba de otras y que, tras tocar el suelo, salieron en grupo rápidamente.

Abel y la niña se miraron. Valyka estaba quebrada. No quería creerlo. Se giró y vio a Tulio amarrado, con un río sangriento corriendo desde su pecho hasta el suelo. Caminó despacio hacia él, perdiendo la fuerza de sus pasos en el camino, hasta que llegó y le tomó el rostro con las

manos. Justo cuando iba a pronunciar unas palabras, un retumbar del suelo avisó de una poderosa fuerza desatándose cerca.

—¡Monte Aldebarán! —gritó alguien afuera.

Todo retumbó. Sentían que la tierra se partía, que el viento retumbaba. El equilibrio de todos falló y se agacharon para protegerse. El Complejo caía a pedazos; las habitaciones, los establos, las puertas, el mismo techo bajo el que estaban Abel y Valyka también cayó sobre ellos. Aún en los escombros podía escucharse el grito mantenido que era origen de este poder. Abel protegió a Valyka y quedaron bajo unas vigas y carrizos.

Después del poderoso grito quedó un zumbir en los oídos de todos. Abel se levantó empujando lo que tenía sobre él, y Valyka entrecerró los ojos debido al polvo. Escuchó que alguien caminaba hacia ellos. Se incorporó buscando a Tulio y, por azares del destino, la pared en la que estaba recargado seguía en pie, y él tranquilo, su cuerpo intacto dentro de todo el caos.

Beila caminó sobre los escombros. Rey venía caminando un poco desorientado detrás de ella.

Valyka observó el poder del Monte Aldebarán en aquella niña que pisaba segura los escombros. Abel se quedó a un lado de Valyka, como si fuera su guardián. Rey también miró como lo hacía Beila; aquellos no eran más unos niños, no lloraban, no se sentía odio saliendo de sus corazones. Era como si supieran desde hacía tiempo que sus vidas iban a llegar a este lugar y sólo contemplaran la culminación de una de las tantas profecías que les esperaban. Habían cambiado, y nadie en ningún reino, al verlos como se erguían sobre la roca y miraban, hubiera dicho que aquellos eran unos niños.

Beila se acercó a Tulio. Miró su mano, y en ésta, un anillo. Lo tomó delicadamente, entrecerrando los ojos, como si le dolieran a ella las heridas de las manos de su amigo.

—Vengan conmigo —dijo Abel a todos—. Los guardias no tardan en llegar y va a ser difícil explicar esto.

Rey y Beila no lo vieron. Se dieron un minuto más para contemplar el cuerpo de Tulio. Valyka llegó con ellos y los tomó de los hombros. Entonces se dieron la vuelta y miraron a Abel, cada quien con una mirada vacía.

Había ropa para todos en la mansión de Abel. Cada uno despertó en una habitación y se aseó para verse en el recibidor, donde los esperaban. Todos fueron guiados por un sirviente, menos Valyka, que se detuvo antes de salir de su habitación y sintió una presencia detrás.

Supo quién era antes de mirar. Su rostro se llenó de furia. A unos pasos estaba Él en su forma de niño pobre.

—¿Qué harás ahora?

Valyka lo odió con su mirada.

—Todo esto ocurrió por ti, amada hija. No tienes por qué odiarme de esa forma.

—Pudiste evitarlo.

—También tú.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

—Vengo a ofrecerte por última vez que regreses a mí. Ya has visto a qué clase de hombres quieres salvar. ¿No basta esta demostración para ti? ¿No es momento de descansar en mis brazos, en compañía de los tuyos que te esperan?

—Tú bien sabes que no iré.

—No te espera lo que crees que hay adelante, Valyka. No serás una heroína. No habrá una segunda Santa en este mundo. En tu futuro sólo hay pena y una amarga muerte. No llevarás a cabo tu venganza.

—Voy a intentarlo de todos modos.

—¿Y matar a más en el camino? Tulio terminó su vida odiándote tanto que te vio con misericordia. Entendió al final que no eras más que una necia que avanzará sin darse cuenta del daño. Isaac deseó que jamás hubieras entrado en la guarida y que quizás así él hubiera tenido oportunidad de salvar a su hermana. Beila va a utilizarte sólo para volverse más fuerte y dejarte cuando lo haga. Pero Rey, ese niño ha llamado la atención de nosotros, él de verdad confía en que serás la salvación de este mundo, pero terminarás decepcionándolo e hiriéndolo como nadie lo hará. ¿Qué harás, entonces, Valyka, la más amada?

—Salvar a Amelia.

El niño sonrió como si estuviera ante algo tierno.

—Ella también ha muerto.

Valyka cayó. Sus rodillas golpearon con el suelo. Sus lágrimas salieron y se cubrió el rostro con las manos.

—Ven a mí.

Ella negó en su llanto.

—No vencerás.

Siguió llorando. Llevó su frente al suelo.

—No volverás a verme sino hasta el final.

—¡Lárgate! —gritó Valyka y una onda de fuerza salió de ella, estrellando los vidrios y tirando todo lo que le rodeaba.

Mientras desaparecía, la voz del niño continuó en la sala.

—No les mientas o perderás el contrato con el espíritu de la verdad.

Llegaron Abel y los demás a la puerta. Abrieron y se encontraron con Valyka en el suelo, llorando todavía, y un caos a su alrededor.

—¿Está bien? —preguntó Abel, recorriendo el lugar con sus ojos, alertado.

Pero ella sólo lloraba.

Beila se acercó y la abrazó. Abel les dio espacio. Junto a Rey caminaban por el sitio.

—Te necesito fuerte, Valyka —dijo Beila—. Tú tienes su nombre. Tú nos vas a ayudar a todos. Nos dijiste que nos harías fuertes. Tenemos que hacerlo por ellos. Por ella también. Vamos a donde tengamos que ir y salvemos a Amelia. —La abrazó con más fuerza—. Vamos a salvarla juntos.

Valyka lloró más fuerte. Beila la separó un segundo para verla a los ojos y limpiarle las lágrimas.

—Juntos —le dijo—. Vamos a salvarla juntos.

—Ya no quiero estar sola —alcanzó a decir entre sollozos.

—No lo estarás. Vamos a estar juntos Rey, Amelia, tú y yo.

—Sí.

Valyka no soportó el llanto y abrazó a Beila para ocultar el rostro. Entonces un halcón gritó en el cielo y su llanto ensordeció a todos los presentes. Valyka se retorció como si la hubieran herido. Lloró con más fuerza, como si la vida se le fuera, como si la torturaran.

Abel fue el único que interpretó la escena. La miró como si estuviera ante una gran revelación. Luego desvió la mirada y no dijo nada.

Abel y unos guardias los acompañaron hasta la salida de la ciudad. Ellos iban cargados con mochilas para viaje y ropa resistente. Valyka parecía enferma, pero caminaba con normalidad. Beila estaba atenta de ella. Llegaron a donde quedaban los restos de la primera guarida.

—Si es su deseo —dijo Abel a Valyka—, hasta aquí los acompañaré.

Ella asintió.

—No quisiera que fuera la última vez que nos viéramos —dijo el hombre. Ella elevó la mirada y le agradeció con media sonrisa. Él entendió—. Deseo con mi alma que llegue hasta donde usted quiera y que encamine a los hombres como lo sabe hacer. No tengo dudas. Y le agradezco la bendición de caminar a su lado.

Beila y Rey se miraron con preguntas, pero no dijeron nada.

Abel le besó la mano de Valyka y se despidió cordialmente de los demás. Antes de partir mantuvo la mirada a Valyka y ellos hablaron con sus espíritus un momento. Entonces él se dio la vuelta y volvió a la ciudad con sus guardias.

Ante ellos estaba el camino hacia el bosque. A un lado, las ruinas. Entonces todos voltearon hacia una pared de donde salió una adolescente que Rey y Beila reconocieron al instante. Seguía igual que cuando dejó con ellos a su hermano menor, a Isaac. Era Marian con una mirada insegura, esperando como lo hace una niña perdida a sus padres.

Rey fue hacia ella. Se miraron y él le dio la mano. Formaron un pacto sin palabras, que entendieron como un designio de sus destinos y que aceptaron sin más. Él se giró para ver a Beila y a Valyka y les asintió.

Beila caminó primero. Valyka vio el cielo del atardecer. Unas aves volaban lejos. Desvió la mirada y comenzó su camino.